

SECCION DOCTRINAL. ⁽¹⁾

VELADA SEXTA.

INTERLOCUTORES.

1.º — T. — Tenax.

2.º — V. — Vivax.

3.º — H. — Heres.

T.—¡Época fatal! Los devotos la llamarían infierno ó purgatorio. Todo lo convierten en sustancia.

V.—¡Claro es! De otro modo no habría lucro de misas, ni presupuesto de piedad.

T.—Ya suenan las campanas. Preparemos el ánimo para función de patronos ó para fiesta en desagravio de impiedades.

V.—Cada loco con su tema. Nada me importarian semejantes regocijos, si el campaneó no atronara mis oídos.

H.—El oído de la ilustración es por extremo delicado. Se dá un aire al sentimiento de los despreocupados. Con solo mencionar la vida futura, la justicia de Dios, los premios y castigos eternos y el destino de los justos ó de los que mueren en pecado, ya está sembrado el espanto entre los espíritus fuertes.

T.—¡Nada de retóricas! ¿Qué decís del purgatorio?

V.—¡Vana pregunta! Se nos dirá que es un lugar oscuro, tenebroso é imponente, donde se padece mucho y se purifican las almas, aun de los buenos y de los justos. Se añadirá además que allí alcanzan los sufrimientos en forma

(1) Volvemos á dar con el presente cuaderno ocho páginas de aumento en su lectura. Este servicio extraordinario, tan repetido en breve tiempo, lo hacemos, así en obsequio de nuestros abonados, como para dar mas pronto cabida en la Revista á los excelentes trabajos de nuestros distinguidos y generosos colaboradores.

de oracion, de obras buenas y de sacrificios; y por fin se pintará un cuadro de almas en pena que cause horror á los oyentes.

H.—No va desacertado el juicio. En efecto, hay tal lugar de purificacion, llegan á él, ó mejor, á Dios, las plegarias que se hacen y ofrecen por las ánimas que, muriendo en gracia y amistad de Dios, tienen que satisfacer penas temporales. Es lugar de expiacion, y de él salen para gozar de Dios eternamente las almas que, detenidas allí hasta ser purificadas, reciben alivio de pena temporal en virtud de las obras piadosas, de los sufragios y sacrificios que la santa iglesia y el pueblo cristiano hacen con tal fin.

T.—¡Bien explicado! ¿Pero dónde consta que haya tal lugar?

V.—En ninguna parte. Es invencion de los curas. Las Santas Escrituras no mencionan tal cosa.

T.—Veremos qué se contesta á tan justa observacion.

V.—¡Bah!... ¡Nada!... Que así viene; que así se cree; que es de fé, es decir: Así lo quieren los clérigos para su provecho.

H.—La interpretacion es tajante. ¡Raro modo de adivinar lo que se ha de decir acerca de tal materia! Sin embargo, habiendo tanto que exponer, tambien ha de quedar airoso el vaticinio de Vivax, siquiera para mencion honorífica de sus augurios. Es laudabilísima la tradicion sobre el asunto. Por de pronto no es menester que la palabra *purgatorio* se lea en la Biblia para que exista el lugar significado por la misma. Tampoco se hallan en los libros santos las palabras *consustancial, eucaristia, transubstanciacion, Extrema-Uncion, infalibilidad*, y muchas otras que expresan cosas reales, positivas, creidas y profesadas en toda la Iglesia. Aunque no hubiera testimonios en la Sagrada Escritura que probaran la existencia del purgatorio, tenemos el irrecusable de la tradicion que nos ha

trasmitido la doctrina enseñada por los mismos apóstoles. Además el mundo protestante, cuyos argumentos empleais, admite y cree muchas cosas, de las cuales no se hace mención en los libros santos. Por de pronto, ¿de dónde, cómo, por quién sino por la autoridad de la iglesia sabeis que hay Escritura? ¿De qué manos la habeis recibido? ¿No es la dió la tradicion como palabra de Dios? ¿No es palabra de Dios la tradicion? ¿Pues qué, está escrito todo lo que Dios dijo é hizo? Lo contrario enseña el Evangelio valiéndose de una instructiva hipérbole. *Multa alia fecit Jesus*. La cuestion, pues, de simple nombre carece de importancia. Lo que interesa á los vivos y aprovecha á los muertos es la existencia de un lugar expiatorio donde los difuntos sean aliviados por los sufragios de los que viven, teniendo estos el consuelo de hacer bien á sus padres, maestros, bienhechores, deudos, amigos y conocidos, comunicando con ellos por medio de oraciones, limosnas, ayunos, trabajos y penalidades, todo ofrecido en obsequio á las áuimas que todavía hayan necesidad de purgar venialidades y de satisfacer penas no cumplidas.

V.—[Larga plática! Estas gentes no saben hablar poco y con sentido.

H.—Cierto. Para negar á Dios bastan dos palabras, á saber: *No existe*. Para demostrar su existencia es menester escribir un tratado. Mas tratándose de hechos doctrinales, de usos y costumbres, requiere la buena educacion satisfacer las dudas y contestar las negaciones del adversario, como él sea prudente. En la Iglesia católica es práctica constante pedir por los difuntos, y enseña Santo Tomás que la costumbre de la Iglesia tiene la mayor autoridad, pues de la Iglesia recibe la autoridad la misma doctrina de sus doctores. Por lo cual es superior á la que merecen San Agustin, San Jerónimo y cualesquiera otros doctores. (2.^a pars., *Quæ*s. 10, art. 12.)

T.—Basta de reflexiones. Al asunto. ¿Hay ó no testi-

monios en las Escrituras que comprueben la existencia del purgatorio?

V.—En vano se buscarán.

H.—¡Así, así! Nada de vacilaciones. Propio es del error ser inconsiderado. En cambio es deber del que sustenta la verdad rodearla del prestigio que suministran sus pruebas. Leemos en el libro II de los *Macabeos*, capítulo XII:*Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur*, y en el salmo LXV:*Transivimus per ignem et aquam: et aduixisti nos in refrigerium*; entendiéndose comunmente por agua el bautismo, y por fuego el purgatorio donde se purifican las almas.

Consta además de las palabras del profeta Zacarías, capítulo IX:*Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vinctos tuos de lacu, in quo non est aqua*. También se leen sentencias parecidas en el Nuevo Testamento: *Qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittetur ei, neque in hoc sæculo, neque in futuro*. (Matth. XII, 32.) De donde infieren los sagrados intérpretes que hay cierta remision de pecados en la vida futura. *Calvinistæ et Lutherani, quos necdum natos Augustinus, et Gregorius, et Beda, et Bernardus refutarunt. Hi enim ex hoc loco purgatorium probaverunt, ex eo quod dicitur: Qui dixerit verbum in Spiritum Sanctum, non remittetur ei, nec in hoc sæculo, nec in futuro. (Matth. XII, v. 32.) colligentes, aliqua in futuro sæculo peccata remitti..... In futuro sæculo remitti peccata dicuntur: non quod culpa, sed quod pœna remittetur, culpa priùs in hoc sæculo remissa..... Omnes enim homines peccati originalis per baptismum remissæ culpæ gravissimas, atque diuturnas tota vitapœnas luunt, famem, sitim, morbos, mortem, quas peccati originalis pœnas esse, et Scriptura testatur, et ipsi non negant. (Maldonatus in Matth., c. XII.)*

Sunt qui ignem hoc loco purgatorium interpretentur,

quo homines post mortem quodammodo baptizantur, id est, à peccatorum maculis, si quas adhuc habent, abluuntur, ut Orígenes, et Hilarius, et Hieronimus..... (Mald. in Matth., c. III.) Idem ib. in c. XXVII *asserit Orígenis ætate sua doctrinam de purgatorio, et peccatorum post hanc vitam remissione, fuisse vulgarem.*

El apóstol San Pablo, en la primera carta á los fieles de Corinto, c. III., dice: *Si cujus opus arserit, detrimentum patietur: ipse autem salvus erit; sic tamen quasi per ignem;* y en la misma epístola, c. XV: *Quid facient qui baptizantur pro mortuis, si omnino mortui non resurgunt? ut quid et baptizantur pro illis?.....* Ser bautizados por los difuntos, ó en obsequio á sus almas, equivale á padecer por ellos, á velar y orar, á sufrir penalidades y aflicciones, á dar limosna y ocuparse en obras de piedad y de misericordia en favor de los que están detenidos en el lugar donde se purifican las almas de los fieles difuntos que mueren en el Señor y tienen algo que purgar. En el Evangelio, segun San Mateo, c. V., y en el de San Lucas, c. XII, es terminante la doctrina del purgatorio: *Esto consentiens adversario tuo citò dum es in via cum eo: ne fortè tradat te adversarius judici, et judex tradat te ministro: et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem.* Tambien lo es en el c. XVI del Evangelio, segun San Lucas: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis: ut, cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula.* El principe de los apóstoles enseña, Act., II: *Quem Deus suscitavit, solutis doloribus inferni, juxta quod impossibile erat teneri illum ab eo.* No se habla del infierno de los condenados, donde los dolores son eternos; ni del limbo; donde no se padecen. Claro es, pues, que se alude al purgatorio. San Pablo dice á los fieles de Filipos, c. II: *Ut in nomine Jesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium, et infernorum;* y San Juan en el *Apocalipsis*, c. V: *Quis est dignus*

aperire librum, et solvere signacula ejus? Lo cual demuestra la existencia de un lugar donde se paga hasta el último cuadrante, á fin de que ni mancha, ni lunar, ni sombra de ella quede en las almas ántes de gozar del reino de los cielos.

V.—¡Y bien! ¿Qué importa á los vivos la suerte de los muertos?

T.—No conviene avanzar de ese modo. Más pulso y más intencion. El escándalo, en vez de atraer prosélitos, aleja á los amigos. Conviene advertir que entre los devotos suena de una manera muy delicada la memoria de los difuntos. Muchas veces es menester transigir con el fanatismo, especialmente de las mujeres.

H.—¡Deplorable cordura la de T.! Queriendo lo mismo que Vivax, sabe conducir el drama de modo que desaparezca del enredo la parte odiosa. Siendo el fin lo trágico, simula divertirse como un hábil comediante.

De cualquier modo, y para instruccion de muchos, copiaré un texto grave, docto, respetable y concluyente entre católicos, sean mujeres y simples fieles, sean doctores, obispos, príncipes ó eruditos: «Habiendo la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, segun la doctrina de la Sagrada Escritura y de la antigua tradicion de los Padres, enseñado en los sagrados Concilios, y últimamente en este general de Trento, que hay purgatorio, y que las almas detenidas en él reciben alivio con los sufragios de los fieles, y en especial con el aceptable sacrificio de la misa; manda el santo Concilio á los obispos que cuiden con suma diligencia que la sana doctrina del purgatorio, recibida de los Santos Padres y sagrados Concilios, se enseñe y predique en todas partes, y se crea y conserve por los fieles cristianos.

Cuiden los obispos que los sufragios de los fieles, es á saber, los sacrificios de las misas, las oraciones, las li-

mosnas y otras obras de piedad que se acostumbran hacer por otros fieles difuntos, se ejecuten piadosa y devotamente, según lo establecido por la Iglesia; y que se satisfaga con diligencia y exactitud cuanto se debe hacer por los difuntos, según exijan las fundaciones de los testadores, ú otras razones, no superficialmente, sino por sacerdotes y ministros de la Iglesia y otros que tienen esta obligación.» (Sesion XXV, part. 1.ª, decreto sobre el purgatorio.)

«Si alguno dijere que, recibida la gracia de la justificación, de tal modo se le perdona á todo pecador arrepentido la culpa, y se le borra el reato de la pena eterna, que no le queda reato de pena alguna temporal que pagar, ó en este siglo ó en el futuro en el purgatorio, antes que se le pueda franquear la entrada al reino de los cielos, sea excomulgado.» (Sesion VI, cánon XXX.)

Quienes tal enseñanza acordaron y definieron, bien merecen el concepto de sábios y prudentes. Además, entre ellos estaba el Espíritu Santo asistiéndoles para que no erraran.

V.—¡Pues no hay pocas infalibilidades! Unas veces la del Papa, otras la del concilio.

H.—¡Qué desgracia! La infalibilidad es una y la misma, bien se manifieste por boca del Juez supremo de las controversias, bien por los concilios ecuménicos. En ambos casos se declaran decretorias las promesas de Dios hechas á su Iglesia. Donde está el Papa, allí está la Iglesia; donde está el concilio, allí está la Iglesia. Donde está el Papa definiendo, allí está el Espíritu Santo; donde está el concilio, que nunca vive decapitado, esto es, sin Papa, allí está la infalibilidad. No hay más que un Dios, una fé y un bautismo. No hay más que una doctrina de verdad y una enseñanza de salvación. No hay más que un camino, una rectitud y una justicia. En todas estas cosas entiende la infalibilidad: resuelve sobre ellas, acuerda y define, en

términos que toda cuestion queda concluida cuando el Papa habla *ex cathedra* ó cuando el concilio decreta en materia de fé ó de costumbres. De modo que no son infalibles los hombres, sino Dios por el ministerio de los hombres. Aplicada esta doctrina al dogma del purgatorio, resulta claro que existe un lugar de purificacion, donde reciben alivio las almas de los difuntos, que habiendo muerto en piedad y amor de Dios, han menester purgar venialidades y satisfacer pena temporal.

T.—Y los que llamis condenados, ¿para que han menester sufragios que no les alcanzan? Y los justos, ¿qué necesidad tienen de alivio?

H.—¡Ciertamente! Para los penados con muerte eterna no hay redencion. No les aprovechan las oraciones ni otras obras satisfactorias de los fieles: no pertenecen al cuerpo místico de la Iglesia, y por tanto no tienen parte en la comunion de los santos. Tampoco los justos que gozan de Dios han menester ningun género de alivios, siendo como son felices con poseer la bienaventuranza. Pero sí necesitan sufragios las almas de los justos que tienen algo que purgar; y como no sabemos quiénes, cuántos ni á qué familia pertenecen, los que habiendo muerto en gracia de Dios, estén detenidos en el purgatorio, hasta quedar limpios de venialidades y penas debidas por las culpas; de ahí es que pedimos y pide la santa Iglesia por todos los fieles difuntos, pues más vale que estén demás los sufragios para los condenados y los justos, para los primeros porque no les aprovechan y para los otros porque nada tienen de qué purificarse, que privar de auxilio á las almas del purgatorio. *Melius enim supererunt ista beneficia eis, quibus nec obsunt nec prosunt, quam eis deerunt, quibus prosunt.* B. P. Canisii Catch. De Purgatorio, citando á San Agustin.

V.—En tanto, misas van y misas vienen. ¿No es verdad?

H.—Lo que es verdad es, que los méritos de Cristo no

siempre se aplican igualmente en orden á la perfeccion de la justicia. Siendo una y la misma la satisfaccion del Redentor, no siempre causa en nosotros igual efecto en cuanto á la remision de la pena temporal; porque esta requiere alguna disposicion, ó satisfaccion de parte nuestra, la cual puede ser mayor ó menor, como enseña el esclarecido Suarez. Lib. II, c. 15 contra Reg. Angliæ. núm. 9; y en el 11 declara que persuade la razon natural que la prudente y perfecta amistad no se disuelve por leves negligencias ú ofensas, siendo por tanto increíble que se pierda la amistad con Dios por algun leve defecto, ó que algun levísimo pecado haga al hombre digno del odio de Dios, ó de pena eterna. Mas aunque tales pecados no merezcan tan dura pena, sin embargo, en el hecho de serlo, dignos son de alguna purificacion.

En orden á las misas repetidas, baste decir que la caridad, es ingeniosa, activa, incansable: todo lo sufre, todo lo trueca en bien. Émula de bienes para los demás, ni escasea las mercedes, ni cuenta los beneficios, ni pondera lo que hace, ni se rige por otro criterio que el de amar á Dios, y á los prójimos por amor á Dios. Las almas de los difuntos no han perdido la razon de hermandad para con los vivos. Justo es, y sauto pensamiento, pedir por ellas *ut à peccatis solvantur*.

T.—¡Siempre andais perdidos en paraísos! Y cuando salís de ellos es para sumir en penas eternas al mundo que os disgusta.

H.—Tambien el orgullo tiene, ó forma sus paraísos, donde indudablemente se pierde. O cree no creer, ó cree no temer, ó cree ser feliz é independiente; y sin embargo expía con frecuencia ilusiones tan peligrosas. ¡Lástima grande! Si lo que purga en sinsabores, en desdenes sufridos, en dolencias y en pesadumbres, lo refiriese á satisfacer por culpas y penas, bien seguro es que acertaria con el camino de los merecimientos, aceptando las pruebas ó

los castigos con respeto y conformidad. Si con amor aceptara las penalidades, mostraria comprender cuán inconspicuos son los designios de Dios, lo mismo cuando purifica á los suyos, que cuando difiere castigar á los culpables. Por de pronto, como decia el conde de Maistre, «los sufrimientos son para el hombre virtuoso lo que para el militar los combates: le perfeccionan y acumulan sus méritos.» El ilustre conde queria al hombre religioso ó soldado, es decir, sujeto á ley, á razon y disciplina. Tambien hay órden, grados y modos diferentes de expiacion en las sanciones penales. La gracia y las mercedes tienen su razon en la liberalidad; los justos premios, en la regla eterna de la rectitud soberana. Por tanto, es flaqueza de ingenio igualar la condicion del perdonado en cosas graves con la del justificado en fidelidad y en pureza; como es falta de buen sentido, ó segun dicen los ingleses *no sentido*, poner al lado de San Pedro de Alcántara, de San Juan de Dios ó de San Vicente de Paul, á famosos criminales, aunque para su dicha muriesen contritos. A fuerza de razonar pierden la razon los libertinos. Un Dios *no justo* daria la medida de un ateismo justificado. Y entonces, ¿para qué bueno la hipótesis? Aunque el sistema de negar sea el más cómodo, no por eso es afortunada la negacion. Nunca es gran dicha la ceguedad; y la falsa ciencia, á más de ciega, es culpable.

V.—¡Qué discreteo! ¡qué pesadez! Tanta prudencia tiene algo de imprudente.

H.—¡Pudiera ser! No obstante, nada hay de justificable en semejante conducta. Hay juicios que ni lo son de prudencia ni de imprudencia, sino más bien juicios de un error inculcado en el hombre prudente. Entiendo que así se debe proceder en el caso que nos ocupa. Si el ilustrado Vivax quisiera leer el tratado *De justitia et jure*, escrito por el P. Leonardo Lessio, no se fatigaria mucho para encontrar el fundamento de este criterio. Mal

aprecia las cosas quien no pondera las circunstancias.

T.— ¡ Delgado vá el hilo! Méenos reflexiones y más prácticas.

H.—Práctico es sobremanera el modo de conducirse en materias como la presente. Despues de haber divorciado al arte de la prudencia, y á la celebridad de la reverencia, era consiguiente colocar en un mismo panteon y al lado unos de otros á San Francisco de Sales y á Voltaire, á Juana de Arco y á Marat, á Bossuet y á Mirabeau: de modo que los grandes merecimientos y las virtudes relevantes moren en compañía, si no buena, al ménos artística, de los grandes crímenes y de los escándalos deplorables. La cosa está hecha. Nada hay más práctico.

EL OBISPO DE JAEN.

Fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora, 15 de Noviembre de 1874.



LA GRAN CUESTION DE HOY.

MEDITACIONES SOBRE LA CUESTION RELIGIOSA.

TERCERA PARTE.—INFLUENCIA DEL PONTIFICADO DE PIO IX
EN EL PORVENIR DE LA IGLESIA.

«...Tragada ha sido la muerte on la victoria.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria,
¿Dónde está, oh muerte, tu aguijon?»

(S. Pablo ad Cor. 1.^ª C. 15 v. 54 y 55.)

I.

No se curan las enfermedades con ocultarlas, y es de ánimos apocados no confesarlas; antes bien, cuanto más sérias sean, debe pensarse más y con más severidad en ellas, y procurar con mayor empeño su remedio, haciendo conocer el mal en toda su profundidad, é indicando los síntomas favorables de curacion, y el procedimiento que con arreglo á ellos debe seguirse.—Repítámoslo pues.—Que la enfermedad irreligiosa que corroe las entrañas de la Europa latina, custodia de la fé católica hasta ahora, es grave, no hay que negarlo. Que este mal data de fecha atrasa-

da, es tambien indudable igualmente. En la Enciclica *Mirari vos*, decia Gregorio XVI en 1832 lo siguiente: «con el corazon despe-
»dazado por una profunda tristeza nos dirigimos á vosotros, cuyo
»celo por la religion conocemos y que sabemos que estais en la
»más cruel alarma por los peligros que corre. Podemos decir en
»verdad que ha sonado la hora en que las potencias de las tinie-
»blas, van á zarandear como el trigo á los hijos de eleccion. Si,
»la tierra se halla sumida en el duelo y perece, infectada por la
»corrupcion de sus habitantes que han violado las leyes del Se-
»ñor, cambiádo sus usos y roto su eterna alianza.»

Despues de esa fecha siguieron los acontecimientos por la misma desgraciada senda, y un pensador profundo, monseñor Gaume, dió en 1844 un grito de alarma por medio de un libro titulado *¿A dónde vamos á parar?* y lo repitió en 1860 con otra obra titulada *La situacion*. Y como quiera que el mundo ha seguido marchando por las mismas vias antireligiosas, ha dado últimamente un libro digno de seria meditacion, titulado *¿En qué hemos parado?* demostrando que la Europa va retrocediendo hácia el paganismo, y una señal gravísima de esto, es, que como el paganismo, han declarado todos los gobiernos una guerra cruel al Catolicismo. La Rusia, persiguiendo á los católicos de Polonia y á los de Oriente; el nuevo imperio aleman, haciendo una guerra despiadada al Papa, á las corporaciones religiosas y á todo elemento católico; la Italia, despojando á Pio IX del patrimonio de San Pedro, estrechándole en el Vaticano, suprimiendo las Ordenes religiosas y tolerando que se ataque diariamente á la cabeza de la Iglesia católica por los periódicos, por las sociedades secretas, por medio de cauciones insultantes que se cantan al pié de los balcones en donde se da la bendicion á la ciudad y al orbe, y por medio de las sátiras y de las caricaturas más procaces é indecentes; la Francia llevando al terreno de la práctica la guerra á Dios, proclamada en sus libros por los secuaces de la moral independiente; la España siguiendo las mismas vias que su vecina; son prueba bien patente de que la Iglesia católica gime bajo la balumba del paganismo, que quiere aplastarla y enfangarla.

Pero, no obstante todo esto, no participamos de los temores que abriga monseñor Gaume; no vemos todavia bien distintas todas las señales de los últimos tiempos; y por otra parte detrás

de Gregorio XVI ha venido el Pontífice de la esperanza, Pio IX. Refiérese en una biografía de nuestro ilustre compatriota D. Jaime Balmes, que se reanimó en éste su fé en los benéficos destinos que la Providencia habia señalado á nuestro actual Pontífice, desde que supo que era hombre de mucha oracion; y eso mismo alienta nuestra esperanza, de que siendo vaso de eleccion para consuelo de nuestros tiempos, sus palabras son inspiradas, y esas palabras son siempre de esperanza en Dios y de próximo triunfo de la Iglesia; y seguramente Dios, que escuchará sus oraciones, habrá suspendido temporalmente el castigo que tenia dispuesto para la impía Europa, permitiendo solamente los desastres parciales de la *Commune*, para que veamos en ellos cuál será el porvenir del mundo á seguir adelante en este camino de impía guerra al cielo. Tal es la fé católica, que en la misma copa de las lágrimas, dá á gustar el bálsamo lenitivo y consolador. Refiere don Leon Carbonero y Sol en su historia del Concilio último, que, votado ya el dogma de la infalibilidad, se presentó á S. S. un Obispo, pidiéndole perdon por su voto suspensivo, pues no se oponia á la declaracion de ese dogma en sí, sino que temia que no fuese oportuna y que la estemporaneidad de ella produjese desfavorables consecuencias; y Pio IX le dijo abrazándole cariñosamente: «no tenga Vd. cuidado, ya verá Vd. cómo todo se arregla é irá bien.» Esto es lo que siempre resalta en Pio IX, la esperanza en Dios.

Esperemos, pues, tambien nosotros, pero ¡cuidado! sin formarnos la ilusion de que iremos siempre al puerto viento en popa.

Nadie debe entregarse á ilusiones falaces. La situacion es grave. El progreso del anti-cristianismo ha sido sucesivo y rápido. España es la que ha tardado más en alistarse en esos ejércitos de filósofos irreligiosos; y sin embargo, recordamos que la risa volterriana de los pocos republicanos de las constituyentes de 1855, fué un escándalo, y las últimas han oido casi impasibles los ataques al Catolicismo, y la guerra á Dios, al par que á la tisis, y la proclamacion del ateísmo con la frase de que *todos los Dioses son peores*.

En todas las naciones ha seguido esta misma marcha progresiva el espíritu revolucionario ateo. Despues de la revolucion

de 1793 en Francia, llegó el imperio, y parecía que el génio del Cristianismo y la restauracion, iban á volver las cosas al buen camino, abandonado hasta aquella fecha; pero no fué así: llegó el año 1848, y la república de entonces fué tan irreligiosa como la del siglo pasado. Vino el imperio de Napoleon III, y no hubo piedad para la Iglesia católica, mas que aparente y temporalmente. Napoleon III apretó los tornillos de la política, pero dejó abiertas las válvulas á la propaganda materialista y atea: protegió las sociedades secretas é hizo guerra á la asociacion de S. Vicente de Paul. Tras del desastre de Sedan vino la *Commune*, y parecía que el rigor de ella iba á ser radical remedio, siquiera por el espanto que produjo; pero nada; la Francia de hoy, amiga y todo del órden y de la paz; solo busca uno y otra, nó en la renovacion de los principios religiosos y sociales, sino en la forma de su gobierno; y no hallará descanso para sus almas porque lo busca donde no está: búsquelo fuera de la ley atea, del derecho ateo de 1789, en la ley de Dios, en la ley de Jesús, y allí, sí, lo hallará.

En España salvóse la monarquía en 1855; pero el gobierno siguió dejando la suficiente expansion para que la propaganda revolucionaria continuase ganando terreno en la opinion; y el derecho de insurreccion, vigente en el derecho público, y justificado por la teoría de los hechos consumados, no podia ménos de traer el desastre de Alcolea. Ya queda indicado antes (y no hay que decir más á fin de demostrarlo), hasta dónde ha progresado luego la irreligiosidad de una insurreccion que al mismo tiempo que proclamaba la libertad de asociacion, disolvia las congregaciones religiosas, intentando en algunos puntos renovar en los miembros de ellas las salvajes matanzas de los frailes, en el año de 1833, y al mismo tiempo que toleraba las asociaciones masónicas, perseguía la de S. Vicente de Paul casi copiando la circular de Mr. Persigny, ministro de Napoleon III. Emilio Castelar ha dicho bien al afirmar que los partidos conservadores son los que realizan el ideal de la revolucion, tiene razon.

Y por eso los que se llaman propiamente conservadores de la revolucion, por serlo han sido en todas partes, en religion jansenistas, que han solido encender dos velas, una á S. Miguel y otra al diablo. Conservando el terreno conquistado por la revolucion atea, la han sancionado, y parando en él, si bien han deteni-

do el progreso práctico, no han cortado el vuelo de ella, que ha seguido impunemente y bajo la salvaguardia de la ley conservadora, envenenando la atmósfera con su hálito, que constantemente ha destilado la impiedad en la juventud inexperta y en las clases ignorantes.

Así ha sobrevenido por sus pasos contados esta perturbacion actual de todas las naciones latinas, que se ven abocadas á una disolucion completa en fuerza del ateismo y de la anarquía á que aspiran las fuerzas disolventes. Un amigo nuestro, asustado con tal perspectiva, nos escribe desde Madrid, que va creyendo que esto que sucede, es providencial, y sin embargo, si bien creemos que tiene razon en cuanto ni una hoja de árbol se mueve sin permitirlo la Providencia, nos parece que los acontecimientos actuales son los ménos providenciales, en sentido de que sean efecto de una accion directa del cielo; porque los libros sagrados de nuestra fé nos enseñan que Dios comunica su gracia suficiente á las almas humanas para salvarse si quieren; pero dejándolas con la libertad bastante para seguir su divino impulso ó resistir á él, y que á los pecadores empedernidos é impenitentes que le vuelven la espalda y lo desconocen y le rechazan, los deja abandonados á su pecado, que los lleva de perdicion en perdicion; porque el pecado es como el abismo, que llama y atrae y devora; de modo que el corazon del hombre se embebe entonces en su soberbia y no produce más que desórden, desconociendo toda ley, todo freno y resistiéndose á toda autoridad, y así es que le basta á Dios para castigar á las naciones contumaces, dejarlas sometidas á sus pasiones, que en el seno de todo pueblo hierven como un volcan.

Y esto, y no otra cosa, es lo que hoy dia sucede. Los gobiernos se han separado de Dios, le han declarado la guerra, rechazan su gracia, contradicen su providencia, y Dios vuelve la espalda, y el volcan contenido por su dedo omnipotente y misericordioso revienta las paredes que le contienen y derrama hácia todas partes su lava destructora.

Tal es la situacion gravísima que atravesamos: pero ese mal tiene remedio conocido: en nuestros libros sagrados está escrito: *el arrepentimiento, la penitencia, la oracion*, en una palabra, *la conversion á Dios: porque Dios, vuelto entonces hácia nosotros nos vivificará, y su pueblo se alegrará en Él.* La Iglesia católica expresa

esta esperanza diariamente, durante el sacrificio de la misa, después de pedir la *indulgencia, absolucion y remision de los pecados*; porque es tan grande la misericordia de Dios, que por atroces que sean nuestros pecados, siempre está dispuesto á conceder el perdón á quien se lo pide contrito y humillado, y no trata al pecador segun sus pecados, sino como decia David: «*como el padre se compadece de los hijos.*» pues que conoce la fragilidad humana. (Salmo 102).

Es, pues, necesario avivar la fé, es preciso llevar la conviccion á los que vacilan, el calor á los corazones tibios, y el vigor á las almas abatidas, y por esto escribimos. «No debemos esperar, dice Mr. Gaume, iluminar á los que han perdido el ojo de la fé, porque está anunciado que permanecerán en su ceguedad. Mas es preciso advertir á los cristianos expuestos á la seduccion, es forzoso prepararlos contra los terribles peligros que los cercan ya, y contra los mayores aún que los amenazan.»

«Es tanto más necesario hablar, cuanto que el mundo no se cree enfermo, y una multitud de aduladores están ensalzando continuamente su prosperidad presente y pronosticándole su dicha futura.»

II.

Tres cosas hemos anunciado en los capítulos antecedentes; la continuacion de la persecucion de la Iglesia, con períodos de intermitencia y de paz: seguimiento de grandes males para los enemigos de la Iglesia; y finalmente, el triunfo de ésta. Del primer punto hemos hablado con bastante extension, confesando que el número de los creyentes ha de ir á ménos segun la humanidad progresa hácia su término, porque así está predicho, y porque el estudio de las ideas reinantes y de los acontecimientos contemporáneos nos ha enseñado que el espíritu irreligioso, el espíritu de personalismo, y el amor de la emancipacion y la egolatría, han conquistado para sí de tal modo las almas, que aunque la última palabra de la revolucion traducida al terreno práctico asusta, y el susto hace volver los ojos hácia atrás, la revolucion es á medias, cobarde y floja, y á favor de esta cobardía y esta flojedad sigue amenazando en su camino tenebrosamente la idea revolu-

cionaria, ganando sin cesar almas para sí; de todo lo cual se deduce claramente que la paz para la Iglesia, por ahora, será temporal, y su *Pasion* continúa. No hay, pues, por qué hablar más de este punto. Basta lo dicho.

Del segundo punto debe, sí, hablarse más; porque los perseguidores de la Iglesia cantan su triunfo y se coronan de rosas, y preciso es decir á las almas honradas que bajo el césped en que descansan y entre las flores de los jardines en que se recrean, hay serpientes, para que vean que su victoria es su muerte, así como que lo que creen muerte del Catolicismo, es su victoria; y esto, que es el tercer punto, merece tambien y exige otras consideraciones.

Recordemos que la historia probó lo predicho por Jesucristo. Las mujeres de Jerusalem tuvieron por que llorar, por sí y por sus hijos, como les dijo Jesucristo, cuando sitiada la ciudad por Tito tuvieron hambre, hasta la desesperacion, y se comian á sus propios hijos, y clamaban «bienaventuradas las que no concibieron,» y fué destruida Jerusalem y su templo contra la voluntad del sitiador, que protestó no haber querido ni ordenado tanto daño, y los judíos perdieron sus hogares, y fueron esparramados por toda la tierra, sin poder juntarse en pueblo hasta hoy.

Otro tanto diremos á los que compadecen á los católicos y á los que persiguen á la Iglesia católica, mientras á la luz de la razon les demostramos que los revolucionarios ateos y la sociedad que acepta sus principios trabajan contra sí mismos.

¿Qué es lo que buscan en sus estudios filosóficos, y qué es lo que se proponen en sus proyectos sociales-político-religiosos?

Seguramente que no debe esperarse otra respuesta á estas preguntas que la siguiente: saber la ley que debe gobernar al hombre y aplicarla á sus actos externos, porque desecheda como una locura indigna que daña á los sentimientos más nobles del hombre, la teoria de que el estado salvaje es la suprema felicidad del género humano, y admitido como verdad innegable y de consentimiento universal el principio de que el hombre es esencialmente social, lo que más le interesa efectivamente es indagar cuál es su ley, toda vez que alguna ha de tener, no cabiendo que sea excepcion en medio de un mundo en que todos los seres están regidos por leyes absolutas que se cumplen siempre y en todas partes.

¿Qué ley es esa? ¿Será en su sustancia y en su forma la misma que rige á los demás séres materiales? El sistema filosófico-materialista que niega la existencia de otro mundo de naturaleza distinta, y hace del hombre una masa de materia, como la que constituye cualquier otro sér, sin más diferencia que en su forma de sér, tiene que contestar por fuerza afirmativamente á esa pregunta, y en tal supuesto esa ley existe por necesidad, se cumple sin el concurso de la voluntad, no tiene más fin que el fin de la vida sensible que se apaga con el organismo corporal, y por lo tanto la ley moral, de cuyo cumplimiento sea responsable el hombre, es pura mentira. Y no habiendo ley moral, no hay ley religiosa, ni ley social, ni ley política, como no sea la que establezca la sociedad misma, la que los hombres mismos convengan. Pero no pudiendo ser igualmente beneficosa para todos esa ley, ¿no se alzarán los descontentos contra ella? ¿No será la fuerza mayor la que al fin y al cabo triunfe y domine y se haga legislador omnipotente?

Opónese á esto la teoría de los que creen encontrar en la conciencia humana una ley absoluta que impone responsabilidad; es la teoría de la moral independiente; pero ¿de dónde le viene al hombre esta ley? Si no se la ha impuesto otro sér superior, es preciso decir que ha nacido con la misma materia, y en este caso volvemos á lo dicho antes; y aun cuando no se quiera afirmar ni negar ese origen, sino prescindir de averiguarlo, creyendo bastante la afirmacion del hecho, como dicen los profesores de esa moral, ¿quién la interpretará para los diferentes casos de su aplicación ú observancia individual y social? Aquí empieza la dificultad. Nadie puede alegar más títulos que otro para hacer esta interpretacion; y si los tienen todos en igual grado, ¿cuándo y cómo la hacen? ¿Y será fija la misma para siempre? ¿Y cuál será su sancion? Y cuando al fuerte y poderoso no le convenga esa ley, ¿no la quebrantará impunemente y no la revocará para establecer otra más adecuada á su personal provecho?

No le demos vueltas; sobre dos columnas se asienta la vida social; las costumbres y un poder que las dirija; una ley y un legislador y ejecutor de esa ley, y ni una ni otra cosa son posibles sin Dios; y como sin Dios no se concibe una sociedad bien ordenada, claro es que ni el materialismo ni la moral indepen-

diente resuelven la árdua cuestión de cuál sea la ley humana, y cómo debe cumplirse.

¿Hay Dios? Si le hay, á la confesion de su existencia sigue como consecuencia forzosa la necesidad de una religion exterior; pero ¿quién la establece y cómo? ¿Quién tiene títulos suficientes para esta obra? ¿Todos? ¿Podemos cualquiera hacer una religion á nuestro gusto? ¿Y todos interpretaremos igualmente bien la voluntad de Dios? Hé aquí nuevas dificultades insuperables, y que discutidas y vueltas á discutir han producido por fin este resultado: *Catolicismo ó ateismo*.

¿Catolicismo no? Pues habremos de aceptar la Internacional: no hay más remedio en buena lógica. No hay Dios, y por consiguiente están demás los mandamientos del Decálogo que se refieren al culto divino.—El hombre ha establecido la familia; luego él puede variar su forma, y aun suprimirla. Todos los hombres nacen iguales; luego la ley social debe mantener esta igualdad. Abajo, pues, la propiedad y abajo la autoridad; ¡viva la anarquía! Abajo todos los mandamientos y todos los mandantes. ¿Dónde entonces está la regla de las costumbres? ¿Quién los dirige? ¿No vienen tras de esto la disolucion social, el salvajismo, el imperio de la fuerza? ¿Qué fué de la perfectibilidad humana? ¿Qué del progreso?

No puede la pluma honrada seguir escribiendo tranquila bajo la balumba de estas ruinas morales. Descansemos un poco.

(*Se continuará.*)

RAMON MARÍA DE ARAÍZTEGUI.

LAS BELLAS ARTES.

Discurso leído en la solemne apertura de los Estudios Católicos en Madrid, el día 15 de Octubre de 1874.

I.

SEÑORES:

Para cumplir su objeto los *Estudios católicos* y responder fielmente á su nombre, no deben limitar su accion á restaurar las enseñanzas que comprenden los programas oficiales, encaminándolas por la verdadera senda de todo progreso legítimo, sino que ensanchando esta accion benéfica para las ciencias y las ar-

tes, deben llevar la luz de sus doctrinas á donde quiera que el error y la impiedad han oscurecido con sus tinieblas el horizonte que el espíritu humano recorre en pos de la verdad, de la bondad y de la belleza.

El Catolicismo es enemigo implacable, así de los errores que coartan los vuelos de la inteligencia del hombre, creada para la verdad, como de los vicios que corrompen su corazón y manchan el espejo del alma humana, donde solo deben reflejarse los rayos brillantes de la belleza de Dios.

Por esto el Catolicismo tiene solución para todos los problemas que la razón del hombre no puede resolver, y la luz de su doctrina alumbrá el extenso campo de las ciencias y de las artes. Esta brillante doctrina, lejos de ser refractaria á la ciencia, como suponen sus enemigos, la admite como una revelación de las cosas por la evidencia y la demostración, si bien añade á esta revelación otra más alta, fundada en el sentimiento y en testimonios infalibles. Por estos dos caminos, el de la ciencia y el de la fé, conduce el Catolicismo á las inteligencias que le son fieles á la posesión de la verdad, término feliz de las sublimes aspiraciones del hombre. No hay ciencia por esto que no sea deudora al Catolicismo de sus principios esenciales, ni arte que no le deba el fundamento de sus reglas y la ley de sus progresos. Donde quiera que la luz de la verdad católica palidece ó se apaga, allí el error establece sus cátedras funestas para difundir las tinieblas de su corrupción y su desorden.

Así ha sucedido desgraciadamente en nuestros días, en que la impiedad ha logrado un funesto triunfo, que sin consuelo llora la sociedad cristiana, al contemplar la extensa acción de sus irreparables estragos. ¿Qué campo de la inteligencia no ha visto germinar en su seno la zizaña de la mala doctrina? Desde las más elevadas cumbres de la filosofía especulativa, hasta las más bajas prácticas de la vida humana, todo ha padecido el azote de la mentira, que ha trastornado la sociedad por completo. ¿Quién desconoce la influencia desastrosa que la escuela revolucionaria ha ejercido y ejerce en la sociedad contemporánea, introduciendo en ella el ateísmo teórico y práctico en el orden religioso, el desdoro de la autoridad y las discordias civiles en el orden político, la miseria ó pauperismo, como hoy se dice, en el orden económico, el

excepticismo y la duda en el orden filosófico, y la corrupcion y la ruina, por último, en las artes, que son como las urnas cinerarias destinadas á trasmitir á otros siglos los tristes restos de las sociedades que mueren?

Preciso es, señores, que tantos errores sean combatidos, y tantos desórdenes reparados, si no queremos perecer bajo las ruinas de la sociedad desquiciada; preciso es que allí donde la zizaña brote nos apresuremos á arrancarla, para poner en su lugar la semilla fecunda de la buena doctrina. A esta noble mision están llamados los *Estudios católicos*, mision espinosa ciertamente, pero mision tambien de honor y de gloria. Las doctrinas se vencen con doctrinas, los errores de la falsa ciencia se aniquilan con las verdades de la ciencia católica, y sean más ó ménos poderosos los obstáculos que en esta obra tengan que vencer los *Estudios*, el resultado no es dudoso si no les falta, como no les faltará mediante la proteccion divina, fé inquebrantable en su trabajo, y esperanza segura en su triunfo.

Pero, señores, el campo que es necesario cultivar es inmenso, faltan brazos para llevar á cabo la obra restauradora por completo, y de aquí la precision en que estos *Estudios* se ven de poner límite á sus deseos, concretando los actuales á cultivar con modestísimos recursos, algunas de las más importantes esferas de la enseñanza moderna. Por la importancia y trascendencia de los frutos que produce, es la esfera de las bellas artes una de las que más llaman en el día la atencion de los sábios católicos, y una de las que exigen más urgente y general estudio, para cõntener los estragos que causan en ella la impiedad y la ignorancia de los sofistas y vándalos del siglo XIX. Esta consideracion ha movido el ánimo ilustrado y piadoso de nuestro dignísimo Rector, para aceptar y hasta aplaudir la idea de establecer en estos *Estudios católicos*, una cátedra de *Teoría é historia de las bellas artes*, cátedra confiada al indigno profesor que os habla, y á quien tambien le ha sido impuesta la grave carga de recomendar esta enseñanza artística á los padres de familia y que á la juventud estudiosa, para alcanzar de ellos el indispensable apoyo que la empresa reclama. Cuento para ello con vuestra indulgencia, porque solo esperándola, puedo atreverme á tratar este delicado asunto, ante tan ilustrada concurrencia.

II.

Cuando en el pasado siglo, los falsos filósofos, para combatir al Catolicismo abrieron cátedras de mentira y de ignorancia en Europa, y por un sistema combinado de destruccion, dirigieron sus asechanzas á todas las esferas de la vida social, no faltaron algunos que dotados de penetracion satánica, comprendieron el provecho que á su empresa podia reportar una predicacion maliciosa sobre la naturaleza y destino de las bellas artes, campo de fecundas glorias para la Iglesia de Cristo. Respondiendo estos enemigos jurados de la verdad á su plan convenido, comenzaron por acusar de ignorancia á la ciencia católica, y por atribuirse la gloria de haber encendido la luz de la civilizacion en el oscuro caos de tinieblas acumuladas por largos siglos de barbarie. Fruto de esta conjuracion contra la verdad, fué la llamada ciencia *Estética*, á la que numeroso coro de sectarios saludó bien pronto como una de las más grandes conquistas de la filosofía moderna. De Alemania y de Inglaterra salieron numerosos tratados sobre la ciencia de lo bello, que extraviaron rápidamente las ideas en Europa, y arrojaron á las bellas artes por el camino de una vergonzosa decadencia. El solo nombre de *Estética* dado por Baumgarten á esta ciencia (1), fomentó como dice Jungmann, el mal espíritu que corresponde con ese nombre en la parte de la filosofía designada por él, y los estragos de semejante espíritu no han cesado por desgracia en las inteligencias amamantadas en las fuentes de la doctrina racionalista.

Considerada la belleza desde el punto de vista del materialismo más degradante, todos los principios y todas las teorías de la llamada ciencia nueva, fueron un manantial de ponzoña que corrompió el génio de grandes artistas, y llenó la sociedad de producciones escandalosas. En efecto, *La Estética*, dice Lemcke, «es la ciencia de las percepciones y afectos sensibles, llamada propiamente ciencia de la belleza, porque la belleza es el término

(1) Alejandro Amadeo Baumgarten, publicó en Francfort, por los años de 1750 á 58, su *Estética*, como una ciencia especial que figura al lado de la metafísica y de la moral. Por esta razon ha sido llamado el fundador de la *Estética*.

de todo conocimiento adquirido por los sentidos.» (1) Y si por ventura las palabras de Lemcke parecen á alguno incompletas para expresar el concepto de la belleza, segun la entiende la filosofía sensualista, su colega Burke nos las explica con harta franqueza, diciendo que «la belleza es una propiedad particular de los cuerpos que por un modo mecánico obran sobre el alma, mediante los sentidos, y que todo el influjo de esta propiedad que denominamos belleza, se reduce á relajar las partes sólidas de nuestra máquina, á dilatar y ablandar las fibras de los órganos de la sensibilidad, de suerte, que con mayor facilidad se ejerciten sin experimentar cansancio.» (2) Ya lo sabeis, señores, cuando bajo las naves sombrías de una Catedral gótica que se elevan al cielo como las ramas entrelazadas de gigantescas palmeras de granito, envueltos en la luz misteriosa de las lámparas y las ojivas, sentirse elevarse vuestra alma á regiones infinitas y abismarse en pensamientos sublimes; cuando ante las celestiales Vírgenes de Murillo se despierta en vuestro corazon el amor inmenso que profesais á la Reina de los Angeles; cuando leyendo la *Divina Comedia* del Dante, recorreis con la imaginacion, fuertemente impresionada, las mansiones de la vida futura, llenas de misterios grandiosos que anonadan vuestra inteligencia finita, todos vuestros goces sublimes y vuestras emociones arrebatadoras no valen más que una digestion bien hecha y un sueño profundo y reparador.

A estos progresos condujo la *Estetica* creada por los filósofos anti-cristianos, hasta que avergonzada la misma impiedad de tan groseros errores, dió otro giro á sus investigaciones insidiosas sobre la belleza y las bellas artes. Consecuencia de este cambio fué la teoría panteísta, que divulgada por Schelling en Alemania, formó la base de numerosas producciones que han ejercido y ejercen una influencia desastrosa en la sociedad moderna. Recurriendo Schelling á los errores del viejo paganismo, como lo habian hecho los filósofos sensualistas para formar sus teorías estéticas, tomó de Plotino (3) el concepto de la belleza, considerándola co-

(1) *Estética popular*, pág. 3, 4, 11 y 12.

(2) *Investigaciones filosóficas sobre el origen de nuestras ideas acerca de la belleza y del sublime*, pag. 3, sec. 12.

(3) De Pulchrit, c. 2.

mo «la manifestacion de la idea del sér divino en forma limitada.» De aquí partieron las diversas teorías panteistas que más voga han alcanzado en los tiempos modernos. A la cabeza de todas marcha la teoría hegeliana, que aun mantiene abiertas sus cátedras en Europa, y emponzoña con sus doctrinas los fecundos manantiales de la inspiracion artistica. El panteismo de Hegel traspira en todas las páginas de su *Curso de Estética*. Para este célebre corifeo de la filosofía moderna, «lo bello en la naturaleza no es otra cosa que la unidad de la vida, en tanto que esta unidad viviente es la primera forma de la idea, es decir, el primer grado de la evolucion de Dios en el mundo.» Vez aquí á Dios, sér infinito, manifestándose por medio de las formas sensibles que necesariamente son limitadas; Dios, sér inmutable y eterno, desarrollando su existencia por grados de progresion, y encontrando en la vida orgánica la primera etapa de su incomprendible metamorfosis. Consecuente con este concepto de la belleza Hegel, declara que «Dios no existe en su belleza ideal, sino en tanto que el hombre reconociéndose á sí mismo, le ha realizado todo viviente en su conciencia, y expresado por medio del arte.»

Esta teoría del ideal objetivo en el hombre, dice un autor, teoría que mata al mismo tiempo la Religion y el arte, es el resumen de la estética hegeliana, y es precisamente la gran maestra de la teoría religiosa y artisticamente destructora, que no teme profetizar la caída próxima de la Religion y del arte ante la dominacion definitiva de la ciencia, la única capaz de comprender y alcanzar lo absoluto.

III.

Tan crasos errores ha producido la filosofía anti-cristiana huyendo del sensualismo, demostrando de este modo la frágil naturaleza de la razon humana, que marcha de error en error y de caída en caída cuando no se apoya en la verdad revelada que el Catolicismo enseña, para que sea la luz de las inteligencias y la salvacion de los hombres. No necesito hacerme prolijo exponiendo los diversos sistemas estéticos que, partiendo de estas dos ramas del árbol venenoso de la filosofía moderna, el sensualismo y el panteismo, han conducido á la ciencia de lo bello á un caos impe-

netrable de contradicciones y tinieblas, para probar la necesidad de que la luz de la verdad católica penetrase hasta su fondo y restableciese la naturaleza de lo bello y la dignidad del arte al lugar que la corresponde en el campo de la filosofía cristiana.

Así ha sucedido afortunadamente. Doctos varones, educados la mayor parte en las escuelas eclesiásticas (y consigno este hecho como tributo de consideración á la ilustración del clero católico, tan calumniado en nuestros días), han llevado al campo de las bellas artes la luz que brota á torrentes de los principios y dogmas de la Religión verdadera. Desde la misma sagrada cátedra del Espíritu Santo se ha lanzado pocos años há el grito de alerta contra los errores de la estética moderna, y se han asentado de un modo elocuente las verdades fundamentales de esta ciencia moral y las leyes esenciales del arte bello (1). Porque suponer que los errores de la ciencia anti-cristiana no influyen para nada en las producciones artísticas, es un absurdo, contra el cual se subleva el sentido común de todos los hombres y los testimonios indestructibles de la historia de todos los tiempos. El ilustre jesuita, P. Félix, á quien acabo de aludir más arriba, decía en una de sus magníficas conferencias estas palabras elocuentes:

«Solo quien tenga una mano para pintar y no cabeza para pensar puede dudar del anterior aserto; pero el artista que piense no se asombrará de ver á la filosofía y al arte unidos en las mismas caídas y en las mismas degradaciones. Entre las negaciones de la ciencia y las decadencias del arte, las relaciones íntimas tienden al fondo de las cosas como al fondo del alma humana, y se manifiestan interiormente por una marcha regular y un paralelismo constante.»

Y el mismo ilustre orador, hablando en otra conferencia de la restauración del arte, exclamaba de este modo:

«¡Oh santa Religión de mi Cristo! Religión de verdad, de santidad y de belleza, tú obrarás el milagro de esta restauración, de-

(1) Conferencias del Rdo. P. Félix en N. S. de París durante la Cuaresma del año 1867.

mostrando de este modo que eres en el arte, como en todo, la *resurreccion y la vida.*»

En efecto; la doctrina católica tiene solucion, y solucion luminosa, para todos los problemas relativos á la belleza y á las bellas artes, porque Jesucristo nuestro Señor es el centro de lo bello, como lo es de lo verdadero y de lo bueno; es el foco eterno del arte, como lo es de la ciencia y de la santidad. Si abrimos los Sagrados Libros y las obras de los Santos Padres y de los teólogos más insignes del Cristianismo, en ellas encontramos derramadas las flores con cuyos puros y brillantes matices se han adornado las producciones más portentosas del génio artístico. Las Santas Escrituras nos revelan que Dios es bello; que su belleza acompaña su majestad y su gloria, y que se reviste de ella como de un brillante vestido. La misma Biblia nos revela que las criaturas son bellas y que su belleza descende de Dios; de modo que, segun los Libros Santos, la belleza es un atributo divino, y la belleza de las criaturas tiene su principio en el Criador.

Estas verdades fundamentales de la estética católica (si me permitís unir estas palabras en obsequio de la claridad) son proclamadas por todos los escritores católicos, y siempre que los Santos Doctores nos hablan de lo bello, es en este sentido. Oigamos algunos testimonios: San Agustin dice que Dios es verdaderamente el tipo ó el ejemplar de la belleza creada; así Él es la causa primera, porque Dios es la belleza suprema que ha establecido en su sér todas las especies de bellezas distintas de Él. San Buenaventura, en su *Itinerario*, escribe que la belleza de las criaturas da testimonio del Criador, como un efecto da testimonio de su causa. San Anselmo, por último, explicando que hay en Dios armonía, olor, sabor, *belleza* de una manera inefable, que le es propia, emplea las palabras siguientes: «Sí, Señor Dios; Vos poseeis todas estas propiedades en Vos de una manera inefable, que no pertenece más que á Vos solo, pues que Vos las habeis dado á las cosas creadas de una manera que les es propia.» En resúmen, la doctrina católica afirma que así como Dios es el Sér infinito y la perfeccion infinita, es tambien la belleza infinita; que así como Dios es el Sér ejemplar y la perfeccion ejemplar, es tambien el tipo ó ejemplar de toda belleza; así como nada existe,

ni nada es perfecto sin reflejar la perfeccion divina, tampoco hay nada bello que no sea un reflejo de la belleza divina; así como toda criatura recibe de Dios el sér y la perfeccion, recibe tambien la belleza; del mismo modo, en fin, que en Dios lo verdadero, lo bueno y lo bello son realmente idénticos, así tambien en las criaturas nada es bello sin ser verdadero y bueno, sin conformarse con las inmutables leyes de Dios.

De este luminoso principio ha sacado la filosofia cristiana raudales de luz para el campo de las bellas artes.

Siguiendo las doctrinas de la escuela socrática y de los filósofos cristianos más distinguidos de la Edad media, el docto jesuita Jungmann ha trazado un ancho camino para la crítica artística, estableciendo un sistema estético en el cual brillan á la vez la profundidad del génio filosófico de su autor y la autoridad de testimonios aducidos por una erudicion inagotable (1). Para Jungmann «la belleza de las cosas no es sino su intrínseca bondad, por la cual excitan la complacencia del espíritu racional, segun que dicha bondad en virtud cabalmente de esta complacencia, llega á ser la razon del deleite que experimenta el espíritu que la contempla.» El mismo Jungmann llama bellas «las artes que ponen ante los ojos del hombre especies reales, ó fingidas conforme á las leyes del sér contingente, en las cuales se representa claramente á la razon un objeto suprasensible de superior hermosura, ora pertenezca al mundo objetivo, ora á la vida afectiva del artista, ofreciendo dichas artes á la mente ó la cosa misma bella, ó imágenes ó signos que la dan á conocer, y proporcionando al espectador la viva percepcion y el deleite de la belleza suprasensible.»

Este concepto de la bellèza y las bellas artes prueba por sí solo la importancia de su estudio, porque él abre á nuestros ojos ese diáfano y dilatado horizonte por el cual puede elevarse el espíritu hasta el trono de la Divinidad, al través de brillantes estrellas, que son las obras artísticas, y donde se reflejan los rayos de la belleza infinita.

(1) *La Belleza y las Bellas Artes*, segun las doctrinas de la filosofia socrática y de la cristiana, por José Jungmann, sacerdote de la Compañía de Jesús, traducido del aleman por el Sr. Orti y Lara.

IV.

Pero no basta probar la importancia de una ciencia dando á conocer lo que esta es en sí, es necesario demostrar su utilidad dando á conocer lo que esta ciencia realiza. No es esto difícil teniendo presentes los profundos conceptos enunciados arriba sobre la belleza y las bellas artes. Si la belleza se identifica con la bondad y el arte tiene por objeto directo é inmediato lo bello, la misión del arte no puede ser más sublime; su gran misión social, como dice el P. Félix, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es el mismo Dios, elevar á los hombres atrayéndolos hácia las alturas, imprimir á la humanidad por un movimiento de abajo á arriba una dirección ascendente y una marcha progresiva. Cuando la doctrina sensualista impera por el contrario en el mundo estético, y la belleza, lejos de identificarse con la bondad se identifica con el apetito sensitivo, no hay que esperar entonces que las obras artísticas levanten á la humanidad hácia las alturas donde brilla la belleza de Dios, sino que, empujándola de caída en caída, de corrupción en corrupción, la conduce sin remedio al abismo del libertinaje. Y es que cuando la bondad desaparece de las almas, la belleza, identificada con aquella, se eclipsa, y el arte que en su más alta expresión es el reflejo de las almas iluminadas por los brillantes rayos de la belleza infinita, queda sin objeto, si es que no prostituido y completamente degradado.

Para el que con ánimo imparcial contemple la historia de las artes y vea surgir siglo por siglo ese caudal, más ó ménos abundante, de obras artísticas, donde el génio de todas las edades ha depositado los tesoros de su inspiración, este paralelismo que señaló entre las ideas de la sociedad y el carácter de sus monumentos artísticos, aparece revestido con la evidente claridad de los hechos. Pero donde más palpable la verdad de esta doctrina se nota es en la comparación del arte pagano con el cristiano, del arte inspirado por los errores del paganismo y el arte regenerado por las doctrinas del Evangelio: sensual y humano el primero, como propio de los pueblos gentiles, ciegos adoradores de una divinidad engañosa, ostenta toda su sublimidad en el último,

digno de los pueblos cristianos, fieles adoradores del verdadero Dios.

Esta comparacion, sin embargo, ha dado ocasion á lamentables exageraciones de inmensa influencia para la vida del arte. No trato de profundizar en el origen de estos extravíos, por más que este trabajo condujera á demostrar tambien la utilidad de los estudios estéticos, objeto principal de estas desaliñadas observaciones: pero será bien que diga que la falta de estos estudios, ó mejor dicho, su corrupcion y desórden ha contribuido á extraviar las ideas artísticas en Europa desde la época memorable del renacimiento clásico. En esta época, de exageraciones increíbles, divorciáronse por algunos las ideas de belleza y de bondad, y dióse á aquella un carácter sensible y material que arrojó á muchos artistas en brazos del paganismo. De aquí provino aquel desprecio absoluto hácia el arte espiritualista de la Edad media y aquel culto idolátrico á los restos mutilados del arte greco-romano. De este entusiasmo por la belleza material, por la belleza de la forma, provino tambien el escándalo de que los groseros errores de los escritores gentiles y las impúdicas desnudeces olímpicas tuviesen un lugar distinguido en las librerías y salones de las familias cristianas.

Pero, señores, si el divorcio de las ideas de bondad y belleza condujo á estos extravíos y desórdenes vituperables, tambien en nuestros dias el divorcio de la belleza y sus formas manifestativas en las artes ha conducido á la exageracion de condenar en absoluto el arte cultivado por la antigüedad gentilica. La crítica racional aconseja proceder de otro modo en esta comparacion del arte pagano y del cristiano; porque decir que Grecia y Roma no produjeron obra alguna digna de admiracion y de estudio, es un error tan manifiesto como suponer que las obras paganas aventajan en belleza á las cristianas, donde brilla la luz de la verdad sobrenatural. En cuanto á las formas externas de representacion, el arte pagano no tiene rival en la historia: en él brillan tambien la verdad y la naturalidad de la expresion, la fuerza inventiva de los artistas y el carácter genial de sus ficciones; pero si se trata del fondo mismo de las creaciones artísticas, de las ideas elevadas que inspiran el arte, de los sentimientos nobles y sublimes que este despierta en el alma, entonces el arte cristiano, es decir, el

arte que tiene á Jesucristo por modelo, no admite comparacion alguna con el arte de Grecia y Roma. Hé aquí donde estuvo el extravío de algunos artistas del *Renacimiento*, en que no supieron estudiar los restos que exhumaban del arte antiguo, en que deslumbrados por la belleza de la forma, olvidaron la verdadera naturaleza del arte y pusieron en imitar esta belleza todos sus esfuerzos y toda su gloria.

Ved así demostrada por los hechos la importancia de los estudios estéticos: si los aludidos artistas del *Renacimiento* no hubiesen perdido el verdadero concepto de lo bello y la misión sublime del arte, hubiesen conducido á este al período de mayor esplendor á que le es dado aspirar en la tierra. No faltaron, por fortuna, artistas que, amamantados en buenas fuentes de doctrina, supieron armonizar el pensamiento católico y la forma pagana, ejecutando obras donde, al través de líneas admirables, resplandece la clara luz de la verdad católica. ¡Cuán distinto se ofrece á la consideracion de la crítica el pintor de Urbino cuando, bajo la inspiracion de los teólogos romanos, pintaba *los dolores de la Madre de Dios* en la calle de la Amargura y *la Trasfiguracion del Hijo de María* entre los esplendores del Tabor, que cuando, seducido por los sensuales halagos del paganismo, retrataba el *Triunfo de Galatea* y el *Juicio de París*.

V.

De estas consideraciones se desprende la importancia que con relacion á la teoría tiene la historia del arte; pero aún hay más: esta historia, estudiada con un recto criterio filosófico, forma el conocimiento exacto y metódico del carácter genial y las afeciones íntimas de los diversos pueblos que han cultivado las artes en el transcurso de los siglos. En los inmensos hipogeos de Mahabalipour, Elefantina, Amboli y Ellora, la historia del arte nos muestra retratado al pueblo indio profundamente abismado en sus meditaciones de lo infinito; en las *cellas* misteriosas y en las elevadas pirámides de Egipto nos muestra la constitucion sacerdotal, aristocrática y guerrera del pueblo de los Faraones; en los templos de Grecia y en los palacios de los Césares nos descubre grabadas las ideas de la independenciam helénica y la dominacion

romana; y finalmente, en los siglos cristianos de la Edad media nos asombra con el cuadro grandioso de su cultura artística, cuadro donde, según expresión feliz de un autor, un pueblo inspirado por la fé construía ideas con mármol y formaba poemas épicos con catedrales.

El estudio por esto de los monumentos artísticos arroja una luz clarísima sobre los hechos de la historia humana. ¿Quereis conocer el verdadero espíritu de la historia de nuestra patria? Pues buscad en el arte la clave misteriosa de sus hechos memorables. La arquitectura os ofrecerá el espectáculo magnífico de sus templos levantados en los siglos XII y XIII, templos y fortalezas á la vez como expresión genuina del carácter religioso y militar del pueblo español. Vereis el sello de la reconquista impreso en sus gruesos muros, en sus torres almenadas, en sus robustos machones y en su aspecto noble y sombrío; porque son los templos de la piedad católica defendidos por el brazo del heroísmo caballeresco (1). Si pedís á la pintura su elocuente testimonio, ella os presentará en primer término, en la inmensa galería de sus obras religiosas, las incomparables Concepciones del pintor teológico, como un ilustre escritor ha llamado á Murillo, para demostraros que ningún pueblo de la tierra ha concebido como el español, fervoroso amante de la Virgen Inmaculada, una imagen más bella de su purísimo rostro, donde brilla misteriosa lo sobrenatural. La poesía, por último, que es el arte por excelencia, cantará á vuestro oído en las dulcísimas líras de nuestros poetas místicos los puros afectos del corazón cristiano; representará á vuestra vista los grandes misterios del Cristianismo en los *Autos sacramentales*, y os narrará, finalmente, las gloriosas hazañas de los bravos caballeros que con su espada y su cruz salvaron en cien combates la independencia de la patria.

Ningún pueblo ha sido más rico que el español en obras artísticas de todos géneros: templos grandiosos, monasterios insignes, palacios magníficos, cuadros incomparables, poemas de

(1) Entre los diversos monumentos de este género que podría citar merece la primacia la catedral de Sigüenza por la originalidad de su estilo, la regularidad de sus formas, y la perfecta conservación de sus bellezas. Es uno de los templos que menos han padecido del mal gusto del siglo pasado y del espíritu destructor del presente.

indecible belleza; todo, en fin, lo que puede constituir el glorioso patrimonio de un pueblo que en sentimientos elevados y en grandes ideas no ha tenido rival en el mundo. Pero con dolor y hasta con vergüenza sea dicho, una generacion corrompida, y más que corrompida ignorante, ha dilapidado tan rico patrimonio reduciendo á polvo y ceniza insignes monumentos, vendiendo á extranjeras manos joyas artísticas de inestimable valor, y amenguando con declamaciones impías el entusiasmo que en el corazon de los pueblos despertaban las obras inspiradas por el génio del Catolicismo.

¡Cuánto contrista el ánimo el contemplar la progresiva destruccion de cuantos monumentos artísticos traen á la mente épocas de gloria para la España católica y caballeresca! El viajero que recorre nuestras ciudades y nuestros campos halla por do quiera motivos de dolor en las ruinas que salen al paso como los restos de un naufragio arrojados por las olas en las playas solitarias. Los montes han quedado desiertos por haberles arrancado los castillos que coronaban sus cumbres y los monasterios que ocupaban sus vertientes; las villas y lugares han roto el cinturón de fortalezas que las ceñian, y unas tras otras caen al suelo las picotas feudales, las lápidas blasonadas y las inscripciones históricas; las ciudades, por último, han perdido las antiguas puertas guarecidas de bastiones y almenares, los aleros de las casas de finas maderas labrados, los cosos donde justaban los caballeros, las ermitas donde se albergaban los peregrinos, los palacios levantados por la opulencia de los magnates y los templos erigidos por la piedad de los pueblos.

En otra nacion se procuraria por legítimo orgullo conservar esos insignes testimonios de lo que fueron y valieron nuestros padres, cual un museo colosal de todas las grandezas españolas: pero aquí ¡triste es decirlo! mientras los extranjeros visitan con afán y cuidado las ruinas de nuestros monumentos, trasladando á su álbum bocetos preciosos de las maravillas que encierran, nosotros pasamos junto á ellas con soberana impassibilidad, y vemos á la sórdida codicia y á la brutal ignorancia ir las convirtiendo en establos y palomares, si es que no en polvo y ceniza para que las arrebate el viento, heredero forzoso de nuestras glorias nacionales.

Basta y sobra lo dicho para demostrar la necesidad imperiosa de que se corten las alas al viento del vandalismo, que, nunca satisfecho de ruinas, aún codicia los escasos restos de nuestros monumentos artísticos.

VI.

El cultivo de los estudios estéticos contribuirá, sin duda, á este resultado, porque si bien se repara, más que á la impiedad revolucionaria, debe el arte sus ruinas en España, en estos últimos tiempos, á la ignorancia casi universal, en materia de bellas artes. ¿Pero cómo introducir estos estudios donde puede decirse que se ignora su objeto? A personas muy ilustradas he oído recomendar la publicacion de libros claros y metódicos, donde se expongan los principios capitales del arte y los hechos más culminantes de su historia; pero tengo para mí que este medio de propaganda no basta para lograr un resultado seguro, porque además de que es muy limitado en España el número de los que adquieren y estudian las obras nuevas que se publican, ó estas van á parar á manos ilustradas, que las desdeñan por incompletas ó elementales, ó caen en manos profanas, que por desconocer su objeto las abandonan al olvido.

Es necesario, á mi juicio, apelar á otro medio que más seguramente conduzca al objeto de que se trata, medio que haga accesibles á todas las inteligencias este estudio, y que gradualmente desarrolle hácia él la afición de la juventud, palanca irresistible de toda empresa noble y generosa.

La juventud, señores, es inclinada á los placeres, ¿y qué placer más elevado puede dársele que el que proporcionan al espíritu las obras artísticas? Este placer, superior á todos los falsos placeres de la carne, formará en su corazón rectos y saludables propósitos que la encaminen por la difícil senda de la virtud y le aparte de los peligros que ofrece el mundo á sus pasiones inflamadas. La santa, la sublime pasión de lo bello arrebatará hácia las alturas de la verdadera gloria á la juventud entusiasta, y formará una generacion que restaure las destrucciones causadas por el vandalismo moderno.

Para obtener este resultado, nada más conveniente, á mi hu-

milde juicio, que el establecimiento de cátedras elementales, donde la teoría é historia del arte sea estudiada en sus principios y en sus aplicaciones. Porque no basta enseñar cuál sea el concepto de la belleza y la naturaleza é historia del arte; partiendo de que la estética es una rama de la filosofía moral y la historia del arte otra rama de la historia universal, es necesario, á la vez que se estudie la teoría é historia del arte, señalar sus estrechas relaciones con las ciencias capitales de que estos estudios se derivan. De este modo, la enseñanza de que se trata formará un campo vasto y brillante, donde todas las inteligencias pueden encontrar abundante pasto de erudicion y doctrina.

Estudio tan importante ha logrado en el extranjero un gran desarrollo, y de dia en dia aumenta el cúmulo de obras que nacen al calor de esta verdadera efervescencia artística. Por desgracia estas obras, en lo que se refiere á la historia del arte, nunca satisfarán las necesidades de nuestra patria: dedicadas especialmente á historiar el arte del país en que se publican, poco es lo que dicen del arte español, al que condenan muchas veces á un olvido injustificable. Ved aquí otro trabajo que es necesario hacer en las cátedras elementales, cuya creacion se proponen llevar á cabo los *Estudios Católicos*, españolizar esta enseñanza para hacerla más interesante y útil, procurando revindicar para el arte español el alto lugar que le corresponde en la historia general del mismo y haciendo accesibles á todas las clases sociales el estudio de los monumentos más notables de nuestra patria. Siempre las clases ricas, sin embargo, las clases aristocráticas que por su misma condicion social viven con holgura y viajan por recreo, podrán alcanzar en este terreno más abundantes y sazonados frutos: su vida independiente de los continuos afanes del hombre que invierte largas horas en trabajar para comer, y sus viajes por diversas comarcas, que le proporcionan ocasion ventajosa para ver y estudiar los monumentos artísticos de todas ellas, son condiciones harto favorables para sacar de los estudios artísticos frutos abundantes. Por esto, al llamar á la juventud estudiosa á estas enseñanzas, fijo en primer término los ojos en esa clase, que para mantener el lustre de sus blasones y contribuir á la gran obra de la restauracion social, en que tan interesada se encuentra, debe trabajar en la elevada y recreativa esfera que el arte le ofrece con

el estudio de sus obras admirables. Ejemplo digno de imitar ofrece en este punto la aristocracia de otros países, especialmente de Inglaterra y Alemania: las régias moradas de los aristócratas de estas naciones son por lo regular ricos museos donde brillan las producciones más excelentes del arte antiguo y moderno. ¿Quién mejor que un opulento prócer puede adquirir y restaurar los edificios ruinosos, comprar y conservar los cuadros que la ignorancia deteriora y ser, por último, los protectores ó Mecenas de los artistas necesitados? Que la aristocracia española, en la cual existen ya, para honra suya, ilustres protectores y cultivadores de las artes, fije su atención en el campo de gloria y de legítimos placeres, que estas le ofrecen, y eduque sus hijos en el santo amor de lo bello y en el noble cultivo del arte.

Pero si las clases ricas deben con privilegiado afán cooperar al buen éxito de la empresa que estos *Estudios Católicos* van á emprender, también las ménos acomodadas pueden y deben compartir con aquellas la gloria y el goce de admirar y estudiar los monumentos artísticos. No son estas materias de tal naturaleza que exijan largas vigiliás y cuantiosos dispendios para aquellos que solo tratan de formarse una idea de la esencia del arte y de sus manifestaciones en la historia. Con algunas horas que al ocio y al regalo se conceden, hay bastante para adquirir un conocimiento recreativo y provechoso para el espíritu de las variadas flores que encierra el jardín de las artes. Ténganlo así presente los padres de familia, á los cuales corresponde dar el primer paso en esta obra de verdadera restauración social, cultivando en el corazón de sus hijos el sentimiento puro y elevado de la belleza, y encendiendo en su noble espíritu el sagrado fuego del entusiasmo artístico.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.



SECCION HISTÓRICA

PASEOS HISTÓRICO-ARTÍSTICO-LITERARIOS POR TOLEDO.

XIV.

Cada tiempo tiene sus costumbres, dice la voz comun; y esto es tan cierto, que con sólo comparar un siglo con otro siglo, se echa de ver muy luégo que así como en unas épocas se levantan suntuosos edificios, se labran joyas de oro, plata y piedras de exquisito valor, y produce el nobilísimo arte de la pintura creaciones asombrosas para servicio del culto, hijas de la fé religiosa más acendrada, en otras son destruidos dichos templos, y robadas sus alhajas y pinturas, con desdoro de la religion, de las artes y de la justicia. ¡Triste cosa sería, por cierto, amaneciese un dia en que, más digna de compasion la España que aquel monarca-extranjero que contemplándose prisionero de un rey español llegó á prorumpir en aquella, hasta cierta altura, consoladora frase: *Todo se ha perdido, ménos el honor*, no pudiese pronunciar ella en toda ley más que la primera parte de dicha exclamacion! Roguemos de lo íntimo de nuestro corazon al Altísimo por que no llegue á amanecer tan infausto dia, y vamos á tender ahora una ojeada por algunos de los pocos conventos como, entre tantos que había en Toledo, subsisten en la actualidad.

Despues de haber visitado, como ya lo hemos hecho, á *San Juan de los Reyes*, á la *Trinidad calzada* y á *San Juan Bautista*, sólo pueden reclamar un tanto nuestra atencion bajo el aspecto artístico, tratándose de los conventos de varones aun existentes, *San Pedro mártir* y el *Cármén calzado*.

Perteneciente aquél á la Orden dominica, cuyos religiosos vinieron á esta poblacion el año de 1230 por empeño del glorioso rey Fernando III, fundando al efecto el cuarto convento que se conoció en España de su instituto, si bien en lugar distinto del que hoy ocupa el que tenemos á la vista, y cuya ereccion data del año 1407, ocupa un árca espaciosísima, hallándose abierto

en la actualidad el templo para servicio del público, y estando destinado desde el año de 1846 lo que fué convento, para albergue de mendigos y enfermos, inclusa, casa de maternidad y otros objetos de beneficencia. Desde luégo llama la atención del curioso observador la puerta principal de la iglesia, situada en el costado del Evangelio, la cual presenta en su exterior una linda fachada de piedra fina, consistente en dos columnas y dos pilastras corintias que descansan sobre proporcionados zócalos, los cuales, con su correspondiente cornisamento, constituyen el primer cuerpo de la portada, dejando un grandioso arco en el centro, que sirve de ingreso, y ostentando entre la columna y la pilastra de cada lado una bellísima estatua de mármol, poco ménos del tamaño natural, que representa á la Fé y á la Caridad, obras no sin fundamento atribuidas á Berruguete, cuyo cincel, si viviera hoy, no se desdeñaría de prohijarlas. El segundo cuerpo lo forma una especie de atrio que en una hornacina presenta otra estatua de piedra y tamaño natural, la cual es imágen del Santo titular de esta iglesia, y que, si bien parece no poder competir en mérito con las dos susodichas, no carece, empero, de interés artístico; últimamente, remata la fachada con un hermoso escudo de armas Reales, á cada lado del cual se ven dos grandes ventanas cerradas con rejas de bastante buen gusto.

Una vez dentro de este santo templo, no puede ménos de sorprender agradablemente por lo grandioso de sus tres naves, y por el ornato que le comunican algunos retablos y sepulcros levantados en su recinto. ¡Lástima que hayan desaparecido las buenas pinturas que menciona D. Antonio Ponz en su *Viaje de España*, como igualmente muchos de los altares á la sazón existentes! Desgracias son estas de tanto mayor momento, cuanto que habiéndose puesto de modo las revoluciones políticas en nuestros tiempos, hasta el punto de poder ser llamadas *el pan nuestro de cada día*, lo que respetó la anterior no es respetado por la que viene en pos de aquélla, y así sucesivamente; llegando el día en que, si Dios no lo remedia, nos veamos insensiblemente trasladados á los campos de Sennaar, nuevos habitantes de la Torre de Babel...

Pasemos ahora á la iglesia del *Cármén Descalzo*, en cuyo ex-convento se halla establecido desde el año de 1847 el Seminario Conciliar de San Ildefonso.

De construcción bastante linda, tiene una graciosa portada dórica de piedra berroqueña, y sobre ella una hornacina en que se contempla una buena estatua de la Concepción de la Virgen María, casi del tamaño natural. Consta el interior de tres naves de arquitectura greco-romana, presentando su media naranja en el crucero y su hermoso coro alto á los piés de la iglesia, en la cual reina bastante claridad y limpieza. Con los altares en que actualmente se da culto en este templo, sucede lo propio que con los del anterior que acabamos de visitar, á saber: que no son los mismos que tenía la comunidad al tiempo de la exclaustación en el año de 1835; no quiere decir esto que carezcan de mérito los que hoy existen en dicho recinto, pues ántes por el contrario, se ven entre ellos retablos tan importantes cuanto que algunos ofrecen á la vista del inteligente producciones esmeradas de Luis Tristan y del famoso dominico fray Juan Bautista Maino.

Al penetrar en el interior de lo que es hoy Seminario Conciliar de Toledo, y recorrer su capaz y ventilado recinto, no puede ménos de elevarse nuestra alma en alas de los recuerdos que le sugiere la reforma de la Orden del Carmelo. En efecto, mitigada la aspereza de aquel instituto en el siglo XIII por motivos sabios y sólidos que asistiéran á Inocencio IV, aparece en el siglo XVI en el horizonte de la Iglesia un astro de notable fulgor y magnitud que pretendè restituir el cumplimiento de dicho instituto á su prístina rigurosa observancia, mediante el brillo de su elocuente é intachable ejemplo: es San Juan de la Cruz. Valor heroico y pecho levantado se necesitaba seguramente para acometer tamaña empresa; pues si cuando se trata de desarraigar abusos, toda reforma, en el mero concepto de tal, se resiste por la mayoría á ser llevada á cabo, ¿qué no sucederá tratándose ahora de ponerse frente á frente de una Orden monástica que veneraba en los altares á santos salidos de su seno? Pero el celo apostólico no desmaya ante obstáculos de ningun género, por insuperables que puedan parecer; así es que si la santidad hablaba en pro del segundo Carmelo, la razón deponía á favor del primitivo; y siendo voluntad de la Divina Providencia dejar obrar á las causas secundarias segun las leyes naturales, y no queriendo producir en ocasiones grandes acontecimientos sino despues de intervenir el choque, la agitación y la violencia, para hacer resaltar

más la prepotencia de su benéfica diestra, permitió que ántes de desengañarse el Carmelo mitigado de la mayor razon que al Carmelo observante le asistía para obrar en consecuencia, juzgase erróneamente al promovedor de semejante reforma, cual apóstata y desertor de sus filas, y digno, por ende, de ser perseguido y puesto en un calabozo. Al antiguo convento de la Orden carmelitana calzada de Toledo, sito entonces donde en tiempo de los godos lo estuvo la iglesia de Santa María de Alficen, cupo la honra de recibir en calidad de recluso entre cuatro cercanas y lóbregas paredes al hijo distinguido de la villa de Ontivéros; y á semejante ocasion debe la poesía castellana una de sus más dulces, patéticas y arrebatadoras inspiraciones, pues del fondo de aquella triste prision salieron estos sentidos conceptos:

¿A dónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?

Como ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decilde que adolezco, peno y muero.

Allí fué donde ébria de amor divino el alma del *Doctor Extático* reconvinó dulcemente á su amado, diciéndole:

¿Por qué, pues, has llagado
aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

Allí, en suma, donde oyó la voz del esposo celestial que le contestára:

La blanca palomica
á la arca con el ramo se ha tornado:
y ya la tortolica
al scioo deseado
en las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido;

y en soledad la guía
á solas su querido,
tambien en soledad de amor herido.

Y, en efecto, así sucedió: porque en medio de la soledad y del silencio de la noche, oye una voz misteriosa que le dice: *Aquí me tienes que he venido para libertarte*; y la promesa se cumple; y las cadenas se rompen; y él se contempla libre; y sigue los pasos de aquella aparición sobrenatural, y se ve milagrosamente restituído, por último, á sus discípulos, á la Reforma, y á sí mismo, presentándose inopinadamente ante el capítulo de Almodóvar como en otro tiempo se apareciera Juan el Evangelista en Éfeso, despues de su destierro en la isla de Patmos.....

Pero dejemos ya asunto tan elevado, á cuya contemplacion no he podido sustraerme al pisar el local que estamos visitando, y bajemos de tan remontada altura ántes de abandonar esta morada del estudio y de la oracion, para no exponernos á que nos hagan bajar luégo, mal de nuestro grado, las ásperas cuestas y peor empedradas calles de la ciudad toledana por que vamos á atravesar nuevamente, con ocasion de recorrer ahora de pasada algunos de los conventos de monjas que más interes puedan prestar al objeto que promueve estos nuestros *Paseos histórico-artístico-literarios*.

Aunque para el curioso investigador nada hay desatendible cuando se trata de la historia de las artes y de las letras, nosotros, á fuer de meros aficionados y en calidad de viajeros que visitamos por décimacuarta vez la antigua córte visigoda, sentimos tener que hacer caso omiso en esta ocasion, así de algunos conventos de religiosas que fueron, quanto de otros que aún subsisten. Por lo tanto, fijemos nuestra vista, y eso á la ligera, en los de las *Capuchinas, Santa Clara, San Clemente, la Concepcion Francisca, Santo Domingo el Antiguo, Jerónimas de San Pablo y San Juan de la Penitencia*.

Deben su sér material la iglesia y convento de las *Capuchinas* al Cardenal de Toledo D. Pascual de Aragon, quien, teniendo en cuenta la pobreza que por instituto profesaran aquellas religiosas, se abstuvo de donarles vasos sagrados, ornamentos y otros objetos que pudieran llamar la atencion por lo rico y primoroso de su

trabajo ; pero derramando, en cambio, á manos llenas sus tesoros en los trabajos de pintura, escultura y arquitectura, que tanto se distinguen en este local, donde lucen respectivamente, y como á porfia, las obras de Francisco Ricci, de Manuel Pereira y de Bartolomé Zumbigo, en medio de finos mármoles, de exquisitos jaspes y de ricos bronce dorados que por do quiera saltan á la vista.

Santa Clara, convento que goza el título de *Real* por haber tomado en su seno el velo dos hijas naturales de Enrique II, llamadas doña Ines y doña Isabel ; no ofrece nada de notable en su interior, pero sí en su templo, á causa del lindo artesonado árabe que conserva una de sus naves, y de las muchas y buenas pinturas, esculturas y sepulcros que ostenta. Es curioso el mencionar aquí como antiguamente quedaban de noche las llaves de la ciudad, despues de cerradas sus puertas, bajo la custodia de la abadesa de esta comunidad, quien las entregaba á la mañana siguiente para que volvieran á ser abiertas.

San Clemente, denominado asimismo que el anterior el *Real*, por razon de haberlo fundado D. Alonso VII, segun siente Mariana (aunque otros escritores se lo atribuyen á D. Alonso VIII, y hasta á D. Alonso X, pudiendo caber á todos razon en su aserto con decir que el primero de dichos monarcas realizó su creacion; que el segundo amplió el edificio y sus rentas, y que el tercero completó su dotacion, que era pingüe y verdaderamente régia); es uno de los principales monasterios que encierra Toledo, así por su capacidad, cuanto por las bellezas artísticas de todo género que lo decoran. Restaurada su iglesia á fines del siglo próximo pasado por la munificencia del Cardenal Lorenzana, conserva en su exterior una preciosísima portada, hecha en el siglo xvi con todo el primor que caracterizaba á Berruguete, á quien se la atribuyen muchos de los inteligentes, y en su interior el altar mayor de mármoles, algunos otros retablos y lienzos de mérito y la rica sillería de nogal dentro del coro ; siendo poseedora esta comunidad, segun se asegura, de un importante archivo, en el cual se custodian sobre quinientas escrituras redactadas en lengua árabe.

El convento de la *Concepcion Francisca* fué fundado el año de 1484 por doña Beatriz de Silva, dama portuguesa, al servicio de nuestra reina doña Isabel, de quien refieren que en su juven-

tud era muy hermosa, por lo que la obsequiaban á porfia muchos caballeros de la corte; lo cual dió ocasion á que la reina, llevando muy adelante sus sospechas, la encerrase, tratándola con harto rigor. Afligida la dama al contemplar tan vergonzoso trance, ofreció su virginidad á María Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepcion; y áun cuando el tiempo vino á desengañar á la reina de lo injusto y aventurado de sus temores, retiróse por de pronto al claustro de Santo Domingo el Real, de donde salió al cabo de treinta años para fundar el monasterio que visitamos en la actualidad. No parece sino que este sitio estaba llamado á ser habitado por beldades de primer orden, dado que parte del lugar que ocupa este monasterio pertenece al antiguo alcázar y jardines de la hermosa princesa Galiana, de quien hemos hecho mencion anteriormente. Por lo que respecta á las joyas artísticas que aún conserva este edificio, baste decir que, tocante al convento, todavía subsisten varios salones de aquel magnífico palacio con exquisitos artesonados arabescos y demás vestigios de la suntuosidad que ostentaba aquella maravilla del arte; y tocante á la iglesia, que sus retablos y muchos de sus lienzos no sin razon excitan la curiosidad de los aficionados á todo lo bello, sorprendente y maravilloso.

Vamos á ingresar ahora en el convento de *Santo Domingo de Silos*, del Orden de San Benito en un principio, y hoy de San Bernardo, vulgarmente llamado el *Antiguo* para distinguirlo del de *Santo Domingo el Real*, fundado con mucha posterioridad á aquél, supuesto que éste lo fué despues de mediado el siglo xiv, y el que nos ocupa ahora data del tiempo de Alonso VI. Con todo, la fábrica actual de este espacioso edificio pertenece al siglo xiv, habiendo sido trazada por el arquitecto Nicolas de Vergara; ostentando en los muros del templo notables pinturas del Greco, de Vicente Carducho y de Luis Tristan; ofreciendo á la vista el hermoso retablo del altar mayor, hechura de Juan Bautista Monegro; y dilatando el corazon del fiel observador que, al contemplar la majestad y grandeza que en este recinto reina, no puede por ménos de exclamar: *Verdaderamente es esta la casa del Señor.*

Al tratar ahora del monasterio de *Jerónimas de San Pablo*, fundado á fines del siglo xiv, nada se nos ocurre apuntar en

cuanto al convento propiamente dicho, pues á la verdad, no presenta cosa notable á los ojos del observador, toda vez que no pasa de ser un agregado ó compuesto de varias casas apiñadas unas junto á otras. Pero no sucede así con la iglesia, obra de mediados del siglo XVI, cuya arquitectura, y cuya escultura, especialmente en los tres retablos principales, ó de la cabecera, hermoseados además por ricas tablas, es de lo más acabado y primoroso que en su género se puede exigir. Hállase en el lado del Evangelio, y próximo al altar mayor, el magnífico sepulcro del cardenal arzobispo de Sevilla D. Fernando Niño de Guevara, cuyas temporadas de verano en su casa-palacio de Umbrete, sabido es que fueron sazonadas más de una vez por los chistosos escritos de Miguel de Cervántes. Es poseedora la comunidad de este sagrado albergue, del cuchillo con que mandó Neron decapitar al apóstol San Pablo, el cual mide vara y media tercia de largo, inclusa la empuñadura, y su hoja dos y media pulgadas de ancho. Trájolo de Roma el cardenal de la Iglesia Primada D. Gil de Albornoz, quien lo regaló al monasterio de Jerónimos de la Sisle, distante media legua de Toledo, pasando en tiempo de la exclaustación al paraje en que hoy se halla depositado, y existiendo su auténtica, según se asegura, en el *Relicario* ú *Ochavo* de la Santa Iglesia Catedral.

Quédanos por visitar, en esta nuestra excursión de hoy, la iglesia y convento de *San Juan de la Penitencia*, del Orden franciscano, y fundación del cardenal Jiménez de Cisnéros. Si dijéramos que su recinto no es más ni ménos que un pequeño museo, tal vez no aventuraríamos nada con nuestro aserto, pues á la verdad: el cuerpo de la iglesia compuesta de una arquitectura mixta de gótica, árabe y del renacimiento; muchos retablos pertenecientes á la mejor escuela de Flándes, así en su talla cuanto en sus pinturas; la capilla mayor que puede competir en belleza con lo más acabado que en su clase se puede apetecer; el grandioso mausoleo que guarda las cenizas del que la fabricó á sus expensas, Reverendísimo Sr. D. Fray Francisco Ruiz, obispo de Avila, y amigo íntimo del Cardenal fundador de esta santa casa; el rico artesonado del coro alto; los espaciosos salones y corredores de exquisito gusto arábigo que conserva el convento; el cubierto que solía servir á la mesa del cardenal Cisnéros; etcétera,

etcétera, etc., nos parecen pruebas muy suficientes para venir en abono de nuestro dicho.

Pero también viene en abono de nuestro hecho lo harto largo que se va haciendo ya el paseo que hoy hemos dado, por cuya razón nos tomamos la libertad de citar á nuestros lectores para continuarlo otro día, si Dios fuere en ello servido.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



CRÓNICA Y VARIEDADES

AL EXPÓSITO.

Victima del placer, niño inocente,
si al riesgo y á la burla
el vicio te abandona despiadado,
la *Caridad* te escuda.

La *Caridad* te ofrece bienhechora
randales de ternura,
si del cariño maternal, la fuente
te cegó la fortuna.

Con incansable anhelo, cual si fueras
de su amor prenda pura,
tus ojos la verán siempre velando
al lado de tu cuna.

Si el mundo tu dolor, y tu honda pena
y tu desgracia insulta,
egregio nombre la virtud te ofrece
en generosa lucha.

Llora el funesto error y los dolores,
la amarga desventura
de aquellos seres cuya suerte ignoras,
combatido de dudas.

No solo á honrarlos el deber te obliga,
y á no ver su locura;
te manda amarlos, y en su duelo y luto
ser su sosten y ayuda.

De los padres los hijos no son jueces,
¡ay de quien los acusa!

¡ay de aquel que al desprecio los entregué
señalando su culpa!

Escándalo y ludibrio de las gentes,
quietud no hallará nunca,
y maldito de Dios y de los hombres
descenderá á la tumba.

La oracion te asegura la victoria
del alma en la lid justa;
y el cáliz del dolor la fé lo cambia
en cáliz de dulzura.

EL MARQUÉS DE HEREDIA

Situacion del clero español.—Debemos clamar contra la pertinaz injusticia de que es víctima todo el clero de la católica España; y lo hacemos uniéndole nuestra voz á la del respetable autor de la siguiente carta, dignidad de abad en la santa iglesia de Santo Domingo de la Calzada. El clero de España está sufriendo una prolongada prueba, y es en general, con muy contadas excepciones, alto modelo de virtud y constancia, adicto, en medio de las penalidades, de la persecucion y las insidiosas sugerencias, al cumplimiento de su fé ortodoxa y de sus graves y asiduos deberes. ¿Cuál de las clases de esta nacion ha dado de sí muestra, que comparable sea con el noble proceder de la casi totalidad del clero? Mal harán en desoir la voz de la justicia los que pueden remediar sus agravios, en lo tocante al ministerio, que recuerda á la sociedad á cada momento el nombre santo y la ley augusta de Dios, única salvacion de las sociedades.

Véase la mencionada carta:

«Santo Domingo de la Calzada, provincia de Logroño y Noviembre 4—74.

Sr. Director de la Revista LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Muy Sr. mio: Como el principal lema de la predicha revista dirigida por usted es *religion*, y ésta no se concibe en un Estado sin Ministros; me atrevo á suplicarle lance en la misma, si le parece oportuno, un *grito de dolor*, añadiéndose este á los que lanza la España católica entre las voces de las orgías, de la impiedad y de las perturbaciones revolucionarias, porque si en interés de otras clases del Estado se cree conveniente hoy dirigir continuas súplicas al Gobierno Supremo de la Nacion, á fin de recabar lo que se pretenda conveniente, tambien podrá ser que la Revista, que cuenta con numerosos y caracterizados lectores, pida á voz en cuello, pero con la sensacion de la necesidad, y el acento de la verdad, que debe ser siempre la reina del mundo, á favor de una clase respetable y grande por las acciones y sufrimientos, cual es la en pró de quien dirijo estas líneas, que podrá publicar bajo mi firma si le parece.

Hablo, Sr. Director, de la paciente y benemérita clase del clero, no solo de lo que se llama *alto clero*, el cual, forzoso es decirlo en obsequio de la verdad, llena cumplidamente su mision gerárquica bajo cualquier aspecto que se le considere; pues es evidente, y la evidencia no necesita demostrarse, que *en lo relativo al culto* asiste á su coro, cual si estuviese puntualmente pagado,

asiste, repito, para la celebracion de los Oficios Divinos, y recitacion de las horas canónicas, despertando y sosteniendo el sentimiento religioso con la magnificencia en lo posible del culto externo que tributa al Sér Supremo, y contribuyendo á fijar y fortalecer las sublimes ideas del Cristianismo, que, merced á los misioneros de la impiedad, tan en baja están hoy en la vida pública de nuestra nacion, llamada hasta há poco tiempo católica por autonomasia; y en lo relativo al *gobierno de diócesis*, realza tambien como cuerpo consultivo las instituciones de la Iglesia, cuyo senado constituye, siendo como el consejo nato de los Sres. Obispos; sino que hablo tambien de un modo especial de lo que sabe Dios con qué intencion se llama en el lenguaje moderno *bajo clero*, y propiamente debe apellidarse *clero parroquial*, el cual rozándose inmediata y frecuentemente, por su ministerio, con el pueblo, palpa mejor que ningun otro sus necesidades y siente no poder remediarlas por su situacion lamentable; pues se encuentra en lo general sumido en la miseria, estando ya para cumplirse cinco años, en que se ve defraudado de la sustentacion, que tan de justicia se le debe, sin que esto obste para que se le considere existente, á fin de arrancarle lo que no tiene con arbitrios locales, consumos, cargas de alojamiento y demás gabelas, de las que debiera estar dispensado, al menos mientras sea valor nominal, y no real, la asignacion concordada con la Santa Sede.

Temo, Sr. Director, molestar su atencion, abusando demasiado de la bondad de Vd., por lo que no se extiende en otra clase de consideraciones, que pudieran ser de más efecto en la actualidad, su atento servidor y capellan, q. s. m. b.

DÁMASO AMIGO Y FITON.

Sentencia á favor del Sr. D. José Orberá con motivo del cisma de Cuba.—Todos los papeles periódicos, que rinden culto á la justicia, han aplaudido en estos pasados dias el fallo de la Sala segunda del Tribunal Supremo. por el cual ha sido absuelto el Sr. Vicario capitular de Santiago de Cuba, de los gratuitos cargos que se le habian imputado en causa arbitrariamente incoada por prolongacion, calificada de indebida, de funciones públicas. La noble actitud del Sr. Orberá ante el cumplimiento de su deber, hizole acreedor en la triste ocasion del cisma, á los plácemes y elogios de toda la cristiandad. El cisma ha sido borrado de Cuba por el aliento generoso y el Catolicismo arraigado de aquellos naturales. ¡Loor á ellos y al Sr. Orberá, y á todos los sacerdotes perseguidos por su fidelidad, y, en fin, á los tribunales de justicia que han sabido aplicar con majestuosa serenidad los fallos de esta, en medio de la conturbacion de los tiempos presentes!

MENSAJE DE LOS OBISPOS ITALIANOS Á PIO IX.

Los Obispos italianos han dirigido á S. S. el muy notable mensaje siguiente, en el dia del centenario de San Apolinar, primer Obispo de Rávena.

«*Santísimo Padre:*

«La celebracion del centenario del primer Obispo de la Iglesia de Rávena, el glorioso Apóstol de la Emilia, San Apolinar, es para nosotros grata ocasion de reunirnos y estrechar más los lazos de esta santa fraternidad que procura

conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz, según recomendación de San Pablo. Un pensamiento de amor y reverencia nos trasporta al Vaticano, y nos hace creer que estamos en la presencia augusta de vuestra Santidad. Somos los hijos que enviamos á nuestro óptimo padre la humilde expresion de afectuosos sentimientos. ¡Qué recuerdos evoca esta reunion! ¡Qué coincidencias de épocas y de sucesos! ¡Qué relacion entre el pasado y el presente!

Por el Príncipe de los Apóstoles, que habia establecido su cátedra en la capital del mundo, fué enviado Apolinar, uno de sus más fieles discípulos, á esta ciudad (que debia tener luego tan grande influencia en la historia de la trasformacion del imperio romano), á fin de anunciarle la buena nueva y predicar el Bautismo y la Penitencia. Por vos, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, nosotros, hijos afectuosos, hemos sido enviados á las iglesias particulares que nos han sido confiadas respectivamente, á fin de desenvolver la obra bienhechora de la fé católica y anunciar la palabra de paz y salud.

Los tiempos eran amenazadores cuando el enviado de Pedro llegaba aquí, pues que señalaban la primera irrupcion de las persecuciones contra la Esposa del Nazareno, la Iglesia. Los tiempos en que vivimos los enviados por vos, son igualmente tristes, porque el espectáculo del siglo los ha oscurecido por los esfuerzos criminales de la incredulidad contra esta misma Iglesia. La raza de los paganos obligó á Apolinar á sostener penosas luchas; la barbárie más refinada martirizó su santa persona: otro paganismo, que parece aquel mismo resucitado, y que si es ménos feroz hasta aquí en su manera de obrar, es más hábil que el antiguo por sus pérdidas intenciones y por sus maliciosas sutilezas, nos provoca á sostener incesantes combates: ultrajes, morales sin duda, pero que no son ménos dolorosos que los más crueles tormentos, nos afligen en lo más profundo del alma.

En medio de circunstancias tan adversas, en medio de una guerra cruel, sentimos absoluta necesidad de ser fortificados por una virtud apostólica. Hemos venido á buscarla en aquel que fué enviado aquí, campeón de la fé, á quien festejamos; á inspirarnos en la grandeza de alma que le llevó á sostener con intrepidez su apostolado y á sellarle con su sangre. En este recinto, en que el corazon está profundamente comovido por el sagrado aroma que exhala de la urna ante la cual nos prosternamos, y de las santas reliquias por nosotros veneradas, estamos lójos de olvidar la fuente de donde este héroe acostumbraba á sacar tanta fuerza de espíritu; es decir, la union con el Jefe de la Iglesia; con este Pedro, cuyas generosas empresas procuraba imitar con gran celo, y cuyas brillantes acciones envidiaba, poniendo toda su confianza en el Señor.

Penetrados nosotros de iguales sentimientos, protestamos querer matener con vos constantemente esta union que forma la más bella gloria del Episcopado actual. Por ella hemos siempre estado, estamos y estaremos unánimes y compactos en el afecto ilimitado, en la obediencia perfecta que os debemos, maestro infalible en el verdadero Israel, á vos, que según el lenguaje de San Bernardo, sois otro Aaron por vuestra dignidad, otro Pedro por vuestro poder, otro Cristo por la uncion. ¡Quién de nosotros no creeria ofender la cruz que pende sobre su pecho al separarse un ápice de lo que os digneis, no solo mandar, sino aun indicar como grato á vuestra voluntad, que no se rinde á la injusticia?

Si las virtudes personales de Pedro fueron suficientes para servir de modelo al ángel de Rávena y de la Emilia, con arreglo al cual debia medir su fuerza en la noble lucha que el mundo admirado le veia sostener, ¿no tenemos nosotros de igual manera en vos un prodigio vivo de todas las valerosas virtudes

en que podemos hallar segura garantía? ¡Oh! ¡Espectáculo verdaderamente sublime, y digno de admiración para la tierra y para el cielo!

En el horrible caos de errores y desórdenes con que la sociedad está cubierta y corrompida, vos solo, imperturbable, sosteneis sin temor la bandera de la verdad y la justicia; en un tiempo en que los poderosos más soberbios (lo que parece más extraño) envilecidos y degenerados, inclinan la cabeza, y doblan la rodilla ante el Belial del siglo, vos solo permanecéis firme, no plegando á actos viles vuestra alma que manteneis en santa energía. En medio de los despojos, de la pobreza, de las amarguras del que se ve cautivo y combatido, conservais el espíritu y el corazón serenos y tranquilos ante los golpes del infortunio.

Y nosotros, inflamados por el ardor que el recuerdo de la fiesta de San Apolinar y la veneración de sus reliquias producen en el corazón, llamados por la luz de vuestras grandes virtudes á fijar sobre vos nuestra mirada, nos atrevemos á esperar que con el socorro de la gracia divina el escudo de la fuerza nos armará contra toda suerte de difíciles pruebas, y que nos mostraremos hermanos indignos de esos generosos Obispos que honran su episcopal dignidad en Alemania, en Suiza y en el Brasil, reproduciendo en estos días el ejemplo de las ignominias y los sufrimientos aceptados por el nombre de Jesucristo. Sí, consagrados con vos y por vos en Cristo, y con Cristo y por Cristo en Dios, no retrocederemos ante los peligros y los males, estando dispuestos á correr prontamente, áun á la efusión de nuestra sangre si es preciso, y á sacrificar nuestra misma vida.

Hé ahí, Padre Santo, las declaraciones que, partiendo del fondo de nuestras almas, depositamos en el santuario de vuestro corazón. ¡Ah! dignaos acogerlas, Príncipe y Pastor Supremo de la Iglesia, os lo suplicamos; y accejad al mismo tiempo el voto que unimos á ellas, el voto que pueda apresurar cerca de Dios la hora de sus misericordias, la hora en que el cáliz de la amargura se aleje de vuestros lábios, este cáliz de amargura que bebeis hace tantos años, la hora que consuele vuestra venerable ancianidad por el triunfo deseado de la Iglesia y de la Sede apostólica, la hora que nosotros deseamos con Vos y con el mundo católico, para gozar de una alegría que sobrepuja á todas.

Que la bendición apostólica, que imploramos de rodillas, nos fortifique y fortifique igualmente á los rebaños que nos están confiados, al mismo tiempo que damos á vuestros piés sagrados el beso de amor filial y de religioso afecto.

De Vuestra Santidad, humildísimos, obedientísimos servidores, hijos y súbditos. — Vicente, Arzobispo de Rávena. — Pedro Pablo, Obispo de Forlì. — Felipe, Obispo de Faenza. — Clemente, Obispo de Pésaro. — Juan, Obispo de Servia. — Francisco, Obispo de Guastalla. — Juan María, Obispo de Saint-Ange in Vado. — Luis, Obispo de Imola. — Luis, Obispo de Rímìni. — Tobías, Obispo de Darsin. — Camilo, Obispo de Bertinoro.

Ausentes con el cuerpo, pero presentes con el espíritu á las solemnidades seculares de San Apolinar, hemos puesto nuestras firmas espontáneamente y con devoto corazón:

A., Cardenal Panicelli, Arzobispo de Ferrara. — C. A., Cardenal Morichini, Arzobispo de Bolonia. — José, Arzobispo de Módena. — Miguel Angel, Obispo de Apua. — Antonio, Obispo de Plasencia. — Alejandro Pablo, Obispo de Comachio. — Pablo, Obispo de Cesena. — Fr. Angel, Obispo de Faenza. — Manuel, Obispo de Adria. — Gerardo, Obispo de Carpi. — Fr. Leonardo, Obispo de Modigliana. — Domingo María, Obispo de Parma. — Juan Bautista, Obispo de Carrara. — Cayetano Camilo, Obispo. — Guido, Obispo de Reggio.»